

REAL ACADEMIA DE DOCTORES DE ESPAÑA

**CHARLES LEWIS GRUNEISEN:
UN CORRESPONSAL DE GUERRA BRITÁNICO
EN LA PRIMERA GUERRA CARLISTA**

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL
**EXCMO. SR. DR. DON ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA
Y GÓMEZ DE VALUGERA**

EN EL ACTO DE TOMA DE POSESIÓN
COMO ACADÉMICO DE NÚMERO
EL DÍA 18 DE MAYO DE 2022

Y CONTESTACIÓN DEL

**EXCMO. SR. DR.
DON EMILIO DE DIEGO GARCÍA**



MADRID MMXXII

ÍNDICE

Discurso de ingreso del Excmo. Sr. Dr. Don Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera.....	7
1. La primera guerra carlista	11
2. Las expediciones carlistas	20
3. Los primeros corresponsales de guerra	25
4. Charles Lewis Gruneisen, corresponsal de guerra del <i>Morning Post</i> en España	37
5. A manera de epílogo	74
Discurso de contestación del Excmo Sr. Dr. Don Emilio de Diego García.....	77
1. A modo de presentación.....	80
2. Una oportunidad para aprender	83
2a. Factores cuantitativos para la comprensión de la I Guerra Carlista y su huella en la historia española.....	85
2b. Una mirada a las contradicciones políticas del Romanticismo en la raíz del conflicto	87

**DISCURSO DE INGRESO DEL EXCMO.
SR. DR. DON ALFONSO BULLÓN DE MENDOZA
Y GÓMEZ DE VALUGERA**

Excelentísimo señor Presidente de la Real Academia de Doctores de España.

Excelentísimos Académicos

Excelentísimos y Magníficos Rectores.

Señoras y Señores.

Vaya ante todo mi agradecimiento a los doctores Almagro Gorbea, de la sección de Humanidades; Rodríguez Montes, de la de Medicina, y Teijón Rivera, de Ciencias Experimentales, por haber firmado mi candidatura para formar parte de esta Real Academia, así como al resto de los miembros de tan ilustre corporación por haberme aceptado en su seno y en especial a los de la sección de Humanidades y a su Presidente, que hoy contesta a mi discurso de ingreso.

La alegría que para mí supone entrar en la Academia se ve turbada, sin embargo, por el hecho de hacerlo en la medalla que hasta hace poco llevaba un buen amigo, Juanjo Luna, tan apreciado por todos los que tuvimos la suerte de conocerle.

El Doctor Juan José Luna pertenecía a una generación que cultivó un saber universal, y no dejó que ni su erudición ni su formación como experto *connaisseur* del arte, le robasen el espacio del deleite, del continuo viaje de estudios y, sobre todo, su pasión por transmitir su saber en los muy distintos ámbitos por los que transitó a lo largo de su vida, desde su cátedra de Instituto, de la que siempre estuvo orgulloso, a su paso como pro-

fesor por la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense. Su vida estuvo muy vinculada al Museo del Prado, donde entró como becario, para ser luego conservador y, desde 1986, jefe del Departamento por aquel entonces denominado de Pintura Francesa, Inglesa y Alemana y a partir de 2003 del de Pintura del Siglo XVIII hasta su jubilación en 2016.

Su relación con el museo del Prado comenzó en 1969, cuando su entonces director, Diego Ángulo Iñiguez, le dirigió su tesina y, una vez terminada esta, le pidió que realizara una tesis doctoral sobre la pintura francesa de los siglos XVII y XVIII en España, de lo que se conservaba y de lo que se había perdido, lo que le llevó diez años, en los que hubo de profundizar tanto en los fondos del Prado como en los de numerosos museos de Europa, especialmente el Louvre. Al terminarla le hubiera encantado dedicarse a su cátedra de Instituto e investigar sobre los temas que le resultaban más interesantes, pero los catedráticos de Historia del Arte de su tribunal de tesis, todos los cuales fueron después directores del Prado, le dijeron que debía preparar las oposiciones a conservador del Museo, pues había que crear nuevos departamentos, “y él era la persona indicada”. Hubo pues de estudiar unas oposiciones con el perfil que ya hemos mencionado de pintura francesa, inglesa y alemana, “una auténtica paliza”, como él mismo diría, pero que a cambio le sirvieron para aumentar su ya muy sólida formación.

Autor de más de una decena de libros, y centenares de artículos de investigación, sacó a la luz la obra de pintores hasta entonces poco conocidos. Con los años sus intereses se dilataron como lo atestiguan su comisariado de exposiciones dedicadas a Tiziano, Claudio de Lorena, Delacroix, Turner, Frans Hals, Luis Meléndez, la pintura holandesa del Siglo de Oro, o la magna exposición sobre Francisco de Goya en el 250 aniversario de su nacimiento.

“¿Qué se aprende de la pintura? La vida.”, solía repetir. Su último gesto de donar todo su patrimonio y su riquísima colección artística al Museo del Prado evidenció algo que él también repetía con frecuencia: “El Prado es una parte importante de mi vida y el arte, sin duda, mi gran amor.”

CHARLES LEWIS GRUNEISEN, UN CORRESPONSAL DE GUERRA BRITÁNICO EN LA PRIMERA GUERRA CARLISTA

Según la costumbre de la época, el 19 de octubre de 1837, antes de proceder a su fusilamiento, a Charles Lewis Gruneisen le preguntaron si deseaba que se llamara a un sacerdote para poder confesarse. Su respuesta fue la que cabía suponer de un buen anglicano: “tengo mucho que confesar ante Dios, pero nada ante los hombres.”¹

Cómo un corresponsal del *Morning Post*, uno de los periódicos más influyentes de Inglaterra, llegó a esta situación en la España de Isabel II, es algo a lo que nos proponemos dar respuesta a lo largo de las siguientes páginas.

Y, naturalmente, una de las primeras cosas que habrá que explicar es que en 1837 no se sabía muy bien que era eso de los corresponsales de guerra. De hecho, suele afirmarse que el primero de ellos fue William Howard Russell, que cubrió la guerra de Crimea en 1854, cuando lo cierto es que durante la Primera Guerra Carlista fueron varios los que vinieron a nuestro país para seguir el conflicto.

1. LA PRIMERA GUERRA CARLISTA

Todo gran acontecimiento bélico suele borrar la memoria de los anteriores, y eso ha ocurrido en España con la Primera Guerra Carlista, de la que hoy se tiende a pensar que fue un conflicto menor protagonizado por navarros y vascos con el apoyo de algunas partidas en el Maestrazgo y Cataluña. Nada más lejos de la realidad.

Casado en cuartas nupcias con su sobrina María Cristina de Borbón-Dos Sicilias, Fernando VII quiso cambiar la ley sucesoria hasta entonces vigente en España (el auto acordado de Felipe V de 1713, de carácter semisálico), para garantizar que en caso de que tan solo tuviera sucesión femenina esta pudiera acceder al trono. Para ello publicó en marzo de

¹GRUNEISEN, Charles Lewis: *Spain and the Spaniards during the Carlist Civil War. A lecture, delivered in the Shire Hall, Hertford, to the members of the Literary Association.* Londres, W.H. and L. Collingridge, 1874, p. 32.

1830 la pragmática sanción, dada por su padre, a una petición de las Cortes de 1789 para que restableciera el orden sucesorio establecido en la ley de las Partidas. Dicha publicación tenía varios visos de ilegalidad, desde la duda de si realmente Carlos IV había sancionado la petición, hasta la más incontestable de que las Cortes de 1789 no podían hacer una petición de este tipo, pues en el Antiguo Régimen existía el mandato imperativo, y los representantes en Cortes solo podían entender de aquellas cuestiones para que les hubieran facultado sus electores, y desde luego una ley fundamental del reino, como la ley de sucesión, no podía ser alterada sin que se hubiesen otorgado los poderes necesarios para ello.

Así, no es de extrañar que el 5 de diciembre de 1832, en una reunión del Consejo de Ministros mantenida en las habitaciones de la reina Cristina y presidida por ella, pues Fernando VII no estaba plenamente repuesto de la enfermedad que le acometió en La Granja en el mes de septiembre anterior, el ministro de Gracia y Justicia del gabinete encabezado por Zea Bermúdez, gabinete cuyo propósito primordial era garantizar la sucesión femenina, no dudó en hacer presente “que en su opinión el modo más eficaz y solemne para consolidar la sucesión directa, sería la convocación a Cortes para tratar de este asunto, y Jurar a la Augusta Infanta como heredera inmediata a la Corona, en la misma forma que es uso y costumbre en estos Reinos, y tuvo efecto siendo Príncipes los Sres. Reyes D. Carlos IV y Fernando VII.- Dijo que de esta manera se concluirían para siempre las objeciones que se hacen a la ley del año de 1789 que en su concepto adolece, en efecto, de varias nulidades, siendo la más notable la insuficiencia de los poderes de los Procuradores de los Reinos y sobre todo la falta de publicación de la misma ley, cuyo requisito era indispensable para su observancia.”²

Cierto es, que una vez el infante don Carlos abandona España en marzo de 1833 para acompañar a su cuñada la princesa de Beira en su viaje a Portugal, Fernando VII procedió a convocar Cortes, pero no lo es menos que las Cortes no tuvieron como objeto debatir el cambio de la ley de sucesión, sino tan solo jurar, en virtud de la misma, a la princesa Isabel

² Archivo de la Presidencia del Gobierno, Libros de Actas del Consejo de Ministros, sesión del 5 de diciembre de 1832. Un cuadro resumen de los argumentos de isabelinos y carlistas sobre la cuestión dinástica puede verse en BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso: *La Primera Guerra Carlista*. Madrid, Actas, 1992, pp. 68-69.

como heredera de la Corona. Dicho de otra forma, independientemente de cual fuera la voluntad del monarca, el cambio se realizó sin respetar las formalidades políticas del Antiguo Régimen, y no deja de ser curioso que en este caso fueran los carlistas quienes afirmasen que un rey absoluto no podía actuar conforme a su capricho y los liberales quienes estuvieran dispuestos a defender lo contrario. Aunque los liberales, todo sea recordado, eran entonces bastante pocos y además sus jefes estaban en el exilio, por lo que no debe olvidarse que Isabel II no llega al trono gracias a ellos sino a los absolutistas isabelinos encabezados por Zea Bermúdez.

Desde el 1 de octubre de 1832, fecha en que se constituye el nuevo ministerio encabezado por Zea, hasta el 29 de septiembre de 1833, fecha de la muerte de Fernando VII, la depuración de todos los sospechosos de carlismo fue la principal preocupación del gabinete, lo que se hace especialmente evidente en el caso del ejército. Durante este periodo fueron expulsados de sus filas, sin más motivo que su posible futura adhesión a Don Carlos, alrededor de la tercera parte de sus jefes y oficiales. En el caso concreto de la guardia de Corps, el más selecto de sus cuerpos, formado por quinientos jinetes, sabemos que el 6 de enero de 1833 se procedió a la expulsión de cuatrocientos de sus integrantes, y que estuvo a un tris de ser disuelta.³ Los voluntarios realistas, milicia armada creada por Fernando VII como réplica de la milicia nacional instaurada por la constitución de 1812, fueron también depurados tras la muerte en diciembre de 1832 del general Carvajal, inspector del cuerpo, colocándose bajo la dependencia de los respectivos capitanes generales que procedieron con rapidez a su neutralización. La única excepción fueron los voluntarios realistas de Navarra y las Provincias Vascongadas, pues al ser territorios forales no dependían de los capitanes generales sino de las diputaciones, por lo que no pudieron ser depurados. De hecho, la fuerza que tuvo la sublevación de octubre de 1833 en esta zona de España no fue porque se alzaran para defender sus fueros, sino todo lo contrario. La sublevación pudo estallar con la fuerza que lo hizo por la participación de miles de voluntarios realistas que no habían podido ser neutralizados. Además, el hecho de que se tratara de territorios forales hacía que apenas hubiera guarniciones (Pamplona, San Sebastián,

³ *Fastos españoles o efeméridas de las Guerra Civil*. Madrid, imprenta de don Ignacio Boix, 1839, tomo I, p. 102. Un amplio resumen sobre la depuración del ejército y los voluntarios realistas puede verse en BULLÓN DE MENDOZA: La Primera Guerra, pp. 21-37.

Irún) lo que explica que Bilbao y Vitoria quedaran inicialmente en manos de los carlistas.

La depuración del ejército llegó a tales extremos que el coronel Carlos Victoria, uno de los pocos carlistas que conservaba el mando a la muerte del rey, no se pudo sublevar en Morella al frente de la guarnición que mandaba sino que tuvo que hacerla salir para perseguir a unas inexistentes partidas carlistas y, solo entonces, pudo alzarse al frente de los voluntarios realistas locales.

Por tanto, en octubre de 1833, cuando se inició el conflicto, no parecía que este pudiera tener mucho recorrido pues si nos referimos a las fuerzas del ejército regular el balance no podía ser más desigual, ya que todas sus unidades (115.000 hombres) se mantuvieron fieles a la Reina y ninguna de ellas secundó al Infante. En cuanto a los voluntarios realistas, si exceptuamos a los ya mencionados de Navarra y Vascongadas y a los de buena parte de Castilla la Vieja que se alzaron al recibir la orden del cura Merino, su antiguo jefe de la guerra de la Independencia y de la campaña anticonstitucional de 1821-1823, también se mantuvieron muy mayoritariamente fieles al gobierno.

A principios de diciembre de 1833, con Bilbao, Vitoria, Logroño y Morella ocupados de nuevo por las tropas isabelinas, parecía que el final de la guerra no podía tardar en producirse. De hecho, algunos de los principales jefes de los sublevados habían cruzado la frontera dando todo por perdido, pues los voluntarios realistas de Burgos, Navarra y Vascongadas se habían mostrado totalmente incapaces de hacer frente al ejército regular, y eso que cuando el general absolutista isabelino Sarsfield emprendió la campaña en su contra contaba con poco más de tres mil hombres.

Y sin embargo no fue así. La aparición de Zumalacárregui en Navarra, la reorganización de los carlistas del Maestrazgo bajo el mando de Carnicer primero y de Cabrera después, el paulatino incremento de las partidas carlistas en Cataluña y en la Mancha y la siempre posible aparición de una guerrilla en cualquier lugar de la retaguardia cristiana hicieron que la guerra fuera incrementado su escala y adquiriese unas dimensiones di-

fácilmente imaginables. En una España que tenía apenas trece millones de habitantes el gobierno isabelino se vio obligado a movilizar unos 330.000 hombres a través del sistema de quintas mientras que otros 56.000 se integraron en los cuerpos francos, fuerzas voluntarias que en principio luchaban en su territorio y ganaban un jornal de una peseta diaria motivo por el que los carlistas les dieron el desdeñoso apelativo de peseteros. Si a ellos añadimos parte de los miembros de la Milicia Nacional armada que llegó a tener más de ciento sesenta mil efectivos podemos asegurar sin temor a equivocarnos que durante el conflicto tomó las armas más de medio millón de hombres a favor de la Reina.⁴ Cifra a la cual habría que añadir la de quienes combatieron en los ejércitos y partidas carlistas, sin duda mucho más difícil de cuantificar, pero que en ningún caso creemos que bajara de los ciento cincuenta mil hombres.

De hasta qué punto el esfuerzo bélico de la España isabelina contra los carlistas no fue simbólico es buena prueba que en julio de 1839 en las filas del ejército regular isabelino servían un total de 219.327 hombres, cifra mayor de la que en ningún momento logró poner sobre las armas el ejército español para hacer frente a los franceses durante la campaña de 1808-1814. A ello debe añadirse que esta era tan solo la movilización de uno de los dos bandos en liza pues en esa misma fecha unos 72.000 hombres más estaban encuadrados en los ejércitos carlistas, con lo que solo los componentes de fuerzas regulares movilizados en España eran cerca de trescientos mil. Desde un punto de vista económico lo gastado por el ministerio de la guerra durante el conflicto ascendió a 4.376 millones de reales, cifra equivalente al total del dinero obtenido con las desamortizaciones de Mendizábal y Espartero.⁵ De la dificultades que pasó el gobierno cristino para hacer frente a los pagos da una clara idea el hecho de que entre 1835 y 1838 lo pagado por el ministerio de la Guerra ascendió a 2.764 millones de reales mientras que

⁴ GARCIA CAMBA, Andrés: *Exposición del Estado actual de las dependencias del Ministerio de la Guerra, leídas a las Cortes Generales de la Nación Española en 27 de octubre de 1836, conforme al artículo 82 del Reglamento interior de las mismas*. Madrid, Imprenta Nacional, 1836, p. 13, incluye dentro de los efectivos disponibles los 155.738 hombres que entonces tenía la Milicia Nacional armada, lo que sin duda es excesivo.

⁵ RUEDA, Germán: *La desamortización de Mendizábal y Espartero en España*. Madrid, Cátedra, 1986, p. 89. Si tenemos en cuenta que la mayor parte de los bienes no se pagaron en metálico, sino en títulos de la deuda, tal vez sea más preciso afirmar que el coste del conflicto fue el doble del valor de tasación de todos los bienes procedentes de la desamortización eclesiástica.

los ingresos ordinarios del Estado no fueron más que 2.409 millones.⁶ En la zona ocupada por los carlistas baste decir que los gastos efectuados por la diputación de Vizcaya para sostener a las tropas durante los seis años que duró la guerra en el Norte, y que no incluían sueldos ni armamento, a cargo de la Hacienda Real ascendieron a un total de 63 millones de reales, cuando el presupuesto de sus gastos anuales ordinarios era cien veces menor.⁷

Un dato que creo que también resultará sorprendente es el número de soldados muertos del ejército de la reina que según la estadística elaborada por el gobierno al final del conflicto ascendió a la muy respetable cifra de 66.159, es decir, más que los fallecidos en las filas del ejército nacional o el republicano a lo largo de la guerra civil de 1936-1939, y eso que España contaba entonces con el doble de habitantes que cien años antes, que Salas Larrazábal estimaba en 59.500 y 60.500 respectivamente.⁸ Además los muertos isabelinos tendrían que ser incrementados con los experimentados por el cuerpo de carabineros, la Marina, el resguardo de Hacienda y los milicianos nacionales. Estos últimos debieron sufrir bastantes bajas en su lucha contra las partidas, y sabemos que Cabrera fusiló a varios centenares en El Maestrazgo.⁹ El balance de muertos entre ambas guerras se invierte, eso sí, cuando se tiene en cuenta la represión efectuada en las retaguardias nacional y republicana y también el número de extranjeros muertos en el conflicto, aunque a este respecto no estará de

⁶ FONTANA, Josep: *La revolución liberal (Política y Hacienda 1833-1845)*. Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1977, p. 57.

⁷ LÁZARO TORRES, Rosa María: *La otra cara del carlismo vasconavarro (Vizcaya bajo los carlistas 1833-1839)*. Zaragoza, Mira, 1991, 2ª, p. 153.

⁸ CHAMORRO Y BAQUERIZO, Pedro: *Estado Mayor General del Ejército Español*, tomo I, *Capitanes generales*, pp. 165-166. Chamorro, que afirma tener a la vista los estados oficiales que respaldan sus aseveraciones, recoge que los muertos experimentados por el ejército isabelino a lo largo de la contienda fueron los siguientes: infantería de línea y ligera 21.784; Guardia Real, 11.894; cuerpos facultativos, 2.126; milicias provinciales, 15.981; cuerpos francos, 9.782 y caballería de todas armas, 4.592. Chamorro da un estado desglosado de los muertos de infantería, y es una pena que no haga lo propio con el del resto de las armas “por no fatigar la atención de nuestros lectores.” Según SALAS LARRAZÁBAL, Ramón: *Los datos exactos de la guerra civil*. Madrid, Ediciones Rioduero, 1980, p. 310, los militares nacionales muertos en la campaña fueron 59.500 y los republicanos 60.500. José SEMPRÚN: *Del Hacho al Pirineo: el ejército nacional en la guerra de España*. Madrid, Actas, 2004, considera que estas son cifras de máximos, y recoge que según los datos elaborados en su día por el Servicio Histórico Militar en base a la documentación militar existente, el Ejército Nacional tuvo unos 39.000 muertos, a los que podrían añadirse buena parte de sus cerca de cuatro mil desaparecidos.

⁹ CABELLO, Francisco; SANTA CRUZ, Francisco y TEMPRADO, Ramón María: *Historia de la guerra última en Aragón y Valencia*. Madrid, imprenta del Colegio de Sordo-Mudos, 1845, tomo II, pp. 193-196.

más recordar que la cifra de los extranjeros que fallecieron combatiendo en el ejército de la reina podría estar en torno a los 6.000 hombres.

En cuanto a las bajas del ejército y las partidas carlistas es muy poco lo que sabemos y solo en base a trabajos regionales que dieran importancia al tema podría establecerse algún número indicativo. Pese a que creemos que pudieron ser menores que los sufridos por el ejército isabelino, que pensamos se vio más afectado por las enfermedades, una cifra de cerca de 130.000 muertos no debería considerarse exagerada.

Para ultimar esta breve panorámica sobre la dimensión del conflicto no estará de más recordar que no hubo una sola provincia española, salvo las islas Canarias, en la que no hubiera presencia armada carlista, y que a lo largo de la contienda los carlistas llegaron a ocupar, aunque fuera por muy breve espacio de tiempo, ciudades tales como Bilbao, Vitoria, Logroño, Oviedo, Santiago, León, Palencia, Albacete, Córdoba, Cáceres, Ronda, Soria, Huesca, Segovia, Valladolid y Guadalajara y que, incluso, como tendremos ocasión de ver, podrían haber tomado Madrid.

Un aspecto que no debe olvidarse, y mucho menos aún de cara al tema que nos proponemos tratar, es el de la relevancia que tuvo la intervención extranjera en la Primera Guerra Carlista pues sin duda la presencia de soldados ingleses en las filas de la Reina fue una de las causas de que la prensa británica diera relevancia al conflicto.

Por curioso que pueda parecer la internacionalización de la Primera Guerra Carlista no tiene su origen en España sino en Portugal. En dicho país, desde 1828 en Azores, y desde 1832 en su territorio peninsular, se libraba una guerra dinástica, muy similar a la que tendría lugar poco después en España, entre los partidarios del rey Don Miguel I y los de su sobrina, doña María de la Gloria. La causa de doña María era ayudada por los *whigs* británicos y por la Francia de Luis Felipe, mientras que el más firme valedor, por no decir el único, de la causa miguelista era Fernando VII. Con el gobierno del conde de la Alcudía el apoyo español a Don Miguel fue indudable e incluso en la última reunión del gabinete, el 30 de septiembre de 1832, cuando el cese del Gobierno ya se había decidido sin que al parecer sus integrantes lo supieran, se llegó a disponer que, si

era necesario, tropas españolas entrasen en Portugal para ocupar Oporto, aunque supusiera arrostrar las iras británicas.

Con Zea Bermúdez las cosas no cambiaron de manera inmediata pues Zea había sido el embajador en Londres hasta que fue llamado a su nuevo destino y allí había hecho cuanto había podido en pro de Don Miguel, pero la actitud de España ante la guerra civil portuguesa no tardaría en cambiar. En marzo de 1833 el infante Don Carlos se trasladó a Portugal con toda su familia acompañando a la princesa de Beira, a quien las autoridades españolas habían obligado a su hermano Don Miguel a reclamar para evitar que siguiera alentando las maquinaciones a favor de su cuñado.¹⁰ Cuando Fernando VII presionó a su hermano para que abandonara Portugal y se trasladase a Italia el gobierno miguelista no quiso obligar al Infante a embarcarse contra su voluntad y esto dio lugar a una gran tirantez en las relaciones entre ambas cortes que pasó a la abierta confrontación cuando, a la muerte de Fernando, Don Carlos se proclamó rey y utilizó el país vecino como base de operaciones. Todo ello explica que el 22 de abril de 1834 se firmase el tratado de la Cuádruple Alianza en virtud del cual la Reina Gobernadora se comprometía a enviar un ejército a Portugal “a fin de hacer retirar de los dominios portugueses a los infantes don Carlos de España y don Miguel de Portugal” para lo cual contaría con el apoyo de la marina británica y, en caso necesario, se podría también obtener ayuda francesa.¹¹ A consecuencia del mismo tropas españolas, al mando del general Rodil, penetraron en Portugal y pusieron rápido fin a una contienda que los miguelistas ya tenían perdida.

Pero, aunque la guerra concluyó en Portugal no fue así en España, donde además se incrementó tras la fuga de Don Carlos de Londres y su incorporación al ejército carlista del Norte. Ello dio lugar a que a instancias del marqués de Miraflores, embajador de España en Londres, el 18 de agosto de 1834 se firmasen cuatro artículos adicionales al ya mencionado tratado en virtud de los cuales Francia se comprometía a vigilar su frontera

¹⁰ La tensión existente entre la familia de Fernando VII y la de Don Carlos durante los últimos meses de su estancia en España puede verse en BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso: “Los últimos meses de Fernando VII a través de la documentación diplomática portuguesa”, en *Aportes*, núm. 40, 1999, pp. 9-30.

¹¹ Sobre los orígenes del tratado y la intervención extranjera en la Primera Guerra carlista en general puede verse BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso: *La Primera Guerra Carlista*, pp. 401-438.

para que los carlistas no recibiesen auxilios a través de la misma; Inglaterra a enviar armas y municiones, así como fuerzas navales en caso de que fuera necesario, y Portugal a cooperar con todos los medios a su alcance. Pesaba también sobre Francia la vaga posibilidad de una intervención militar directa contemplada en el artículo IV del tratado original.

Además del bloqueo de las fronteras navales y terrestres del territorio ocupado por los carlistas y del suministro de armas y municiones a los isabelinos, los artículos adicionales del tratado de la Cuádruple Alianza se plasmaron en el envío a España de más de veinticinco mil hombres correspondientes a los efectivos de la legión francesa y la división auxiliar portuguesa, que eran fuerzas regulares del ejército de sus respectivos países; así como de la legión británica, el regimiento de Oporto y la legión Suarce, que eran unidades de enganche de mercenarios. Cómo es lógico los carlistas no recibieron nada bien esta inferencia extranjera y el 20 de junio de 1835 Don Carlos promulgó el decreto de Durango en virtud del cual se excluían del Convenio Elliot de intercambio de prisioneros a todos los extranjeros que sirvieran en el ejército cristino, que serían fusilados sin más tiempo que el necesario para cumplir con sus obligaciones religiosas. La presencia de más de diez mil mercenarios británicos en España constituyó, a partir del verano de 1835 y hasta su repatriación, uno de los puntos permanentes de atención de la prensa del Reino Unido.

No carecía Don Carlos de apoyos internacionales, pues con él simpatizaban las denominadas potencias del Norte (Austria, Prusia y Rusia) y también los reinos de Cerdeña, Nápoles y Holanda. El problema era que se trataba de países que no tenían fronteras con España y que, por lo tanto, no podían hacer llegar su ayuda con tanta facilidad como Francia, Inglaterra y Portugal. Aun así no faltaron voluntarios legitimistas de toda Europa que vinieron a combatir en las filas carlistas pero lo hacían a título individual y nunca pasaron de unos escasos centenares, destacando por su número los franceses, que pudieron ser cerca de doscientos, y los portugueses, lo que era lógico debido a su proximidad geográfica. No faltaron tampoco algunos alemanes, en sentido amplio, varios de los cuales publicaron sus memorias de guerra, como es el caso de los príncipes de Schwarzenberg y Lichnowsky, el barón de Rahden o August von Goeben, que más tarde se distinguiría como general del ejército prusiano. El capitán Henningsen, que acabaría

sus días como brigadier del ejército confederado, fue el más conocido de los británicos y no faltaron tampoco piemonteses, belgas, suizos, etc. A ellos deben unirse los desertores de las unidades extranjeras que vinieron a luchar a favor de la reina, con lo que se llegó a formar un batallón que fue disuelto durante la expedición Real por el gran número de bajas que tuvo en la campaña y, muy marcadamente, en la batalla de Barbastro, donde protagonizó un choque a la bayoneta con la legión francesa.

2. LAS EXPEDICIONES CARLISTAS

Lo más característico del período de la guerra comprendido entre la muerte de Zumalacárregui (junio de 1835) y la consolidación del giro hacia Levante (agosto de 1838) es el denominado sistema de expediciones, cuya conveniencia o no dio lugar a fuertes discusiones. Desde el punto de vista teórico, enviar tropas al interior de la Península, dominado por los liberales, no era un plan en absoluto descabellado, pues como afirmaba Jomini "en igualdad de fuerzas y en presencia de un enemigo inteligente, es en general la diversión una falta peligrosa. Hay un solo caso en que pueda ser buena, y es cuando se pueda tener esperanza en un poderoso punto de apoyo dentro del país, y en el que con un cuerpo de quince a veinte mil hombres, se logre obligar al enemigo a que forme un ejército de cuarenta a cincuenta mil combatientes, para resguardar y defender su punto vulnerable; pero en tal caso depende esta diversión de las combinaciones políticas primero que de las militares". Al hacer esta afirmación Jomini pensaba en lo que hubiera podido significar un desembarco aliado en La Vendée durante las guerras de la revolución, pero la similitud con lo intentado en repetidas ocasiones por los carlistas es indudable.¹²

Dentro del campo de Don Carlos la opinión se encontraba muy dividida entre los militares que eran partidarios de tratar de extender la guerra a otros puntos de la Península mediante el envío de tropas que pudieran alentar la sublevación y posterior consolidación de los carlistas locales, y los que consideraban mejor irse extendiendo en forma de mancha de aceite a partir de las bases que se ocupaban en el Norte. No se trata esta

¹² JOMINI, Barón de: *Descripción de las combinaciones más importantes de la guerra, y de su relación con la política de sus Estados, para que sirva de introducción al tratado de las grandes operaciones militares*. Puesta libremente en castellano por el brigadier de caballería Francisco Ramonet. Madrid, imprenta Real, 1833, p. 68.

de una división entre generales pertenecientes a las diversas tendencias del carlismo sino de posturas particulares, pues entre los jefes expedicionarios encontramos tanto a miembros del sector moderado del realismo (Gómez, Zaratiegui, Negri) como a algunos de los generales fusilados en Estella (Sanz y Guergué). Tal vez la oposición más frontal a las expediciones, hasta el punto que es muy probable fuera la auténtica causa de su dimisión, fue la del general Eguía, que terminaba con un alegato en contra de las mismas la *Memoria* que de su mando elevó a don Carlos. En su opinión, las tropas de don Carlos eran apenas suficientes para conseguir llenar sus objetivos en las provincias, pues Guipúzcoa requería un ejército para apoderarse de San Sebastián, Vizcaya otro para Bilbao, Álava uno para Vitoria, y Navarra las fuerzas necesarias para controlar La Ribera y los valles fronterizos. Además, las tropas enviadas fuera del territorio controlado por los legitimistas, "aisladas sin puntos de apoyo, que se ligen con seguras comunicaciones, y sin los establecimientos necesarios al ejército, por si mismas se destruyen...Podré equivocarme, Señor: otras expediciones sembrarán la guerra, la harán interminable si se quiere; pero el finalizarla está reservado al ejército del inmediato mando de V.M. regularizándole progresivamente".¹³

Esta era también la postura del auditor Arizaga, para el que los batallones consumidos en estas empresas podían haberse utilizado para dominar toda Navarra, "las merindades de Castilla, y a poco esfuerzo la misma provincia de Santander, granero del Norte de España, y que era la primera conquista y adquisición a que debieron aplicarse los generales y el gobierno de D. Carlos".¹⁴

Otro marotista, como Lassala, cree sin embargo que las líneas de Córdoba obligaron en buena medida a seguir esta práctica para tratar de extender la guerra, aunque opina que los carlistas cometieron el error "de no dedicar siempre sus esfuerzos a aumentar sus tropas en Aragón, punto central y estratégico para ellos, a fin de que desde el Maestrazgo hubiesen

¹³ *Resumen histórico de la campaña sostenida en el territorio Vasco-Navarro a nombres de Don Carlos de Borbón de 1833 a 1839, e Impugnación del libro que sale a la luz con el título de "Vindicación del General Maroto"*. Madrid, imprenta de José C. de la Peña, 1846, tomo I, pp. 569-571.

¹⁴ ARIZAGA, José Manuel de: *Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra, los fusilamientos de Estella, y los principales acontecimientos que determinaron el fin de la causa de D Carlos Isidro de Borbón*. Madrid, Imprenta de Vicente de Lalama, 1840, pp. 120-121. En el mismo sentido expresa su opinión personal el autor del *Resumen histórico*, tomo II, pp. 120 y ss.

salido líneas que sucesivamente hubieran asegurado grandes zonas, aprovechando las cordilleras que de toda España sobre el Aragón se reúnen, y en las que apoyados hubieran extendido sus operaciones".¹⁵ En última instancia, era el convencimiento del apoyo con que podía contar la causa de don Carlos en prácticamente todas las provincias de España, lo que inspiraba una política que puso en graves cuidados a las autoridades liberales, pues como señalaba el traductor español de Jomini, "las tropas de la Reina no solo debían destruir los focos enemigos, "sino también impedir las operaciones carlistas dirigidas al interior del reino y de graves consecuencias, aún más en el orden político que en el militar".¹⁶

El general Evaristo San Miguel, que a su condición de militar unió siempre una marcada preocupación por los temas históricos y políticos, afirmaba en una obra escrita durante la guerra: "Los enemigos de Isabel II encontrarán siempre simpatías que favorezcan sus operaciones, que ofrezcan sigilo a sus frecuentes movimientos, e inutilicen las pesquisas de sus enemigos. las columnas de persecución no purgaran el país de aquesta plaga. Por muchos encuentros favorables que tengan con los enemigos, por mucho que los destruyan y dispersen, por mucho que tengan que celebrar la bizarría y ardimiento de los que militan a sus órdenes, quedará en pie la cuestión por largo tiempo. La facción vencida hoy en este punto aparecerá mañana en otro más distante; la persecución tomará otro rumbo, más quedará siempre en permanencia. Donde no exista realmente una facción armada, habría siempre elementos de formarla en breve; y por muy pacífico que se presente el semblante del país, ningún alto funcionario puede estar seguro de que no estalle una sublevación donde y cuando menos lo imagine".¹⁷

Y si esta era la opinión de los generales de la Reina, fácil es comprender la postura de quienes, como Villarreal, alentaron durante su mando la salida de columnas expedicionarias, que aparte de otras posibles ventajas suponían de inmediato la disminución del peso al que se hallaba sometido el país, y la desaparición de la zona de la parte del ejército liberal de operaciones que fuera destacada en su persecución.

¹⁵ LASSALA: "Observaciones sobre la guerra civil", en *Revista Militar*, 1851, p. 133.

¹⁶ JOMINI: *Compendio del arte de la guerra*, tomo I, pág. 254.

¹⁷ SAN MIGUEL, Evaristo. *De la guerra civil de España*, Madrid, en la Imprenta de Miguel de Burgos, 1836, pág. 85.

La primera expedición relevante que se internó en el territorio isabelino fue la mandada por el general Guergué, que al frente de 2.500 hombres emprendió la marcha hacia Cataluña en agosto de 1835. Aunque su llegada sirvió para alentar un importante alzamiento en el Principado, donde llegó a haber más de veinte mil hombres sobre las armas, el deseo de los voluntarios navarros de regresar a sus casas a cambiar la camisa, como habitualmente hacían en el Norte, dio lugar a que la mayor parte de las tropas se amotinaron y se dirigieran a sus hogares, obligando a Guergué a seguirlas y perdiéndose la mayor parte de lo que se había conseguido con su presencia.

La más espectacular de las expediciones fue la dirigida por el general Miguel Gómez Damas entre junio y diciembre de 1836. Su objetivo era establecer la guerra en Asturias y Galicia, pero al no conseguirlo realizó durante seis meses un asombroso recorrido por el interior de la Península que le llevó, entre otros muchos lugares, a Oviedo, Santiago, León, Palencia, Utiel -donde se le unió Cabrera-, Albacete, Córdoba, Cáceres, Ronda y Gibraltar. La expedición, que regresó al Norte con más fuerzas de las que habían abandonado las Provincias, llegó a tener tras de sí más de 25.000 soldados enemigos y dio lugar a fuertes disensiones entre los jefes liberales encargados de su persecución, ocasionando la destitución del general Rodil, ministro de la Guerra, pero también retrasó el desarrollo del conflicto en el Maestrazgo y permitió observar que de nada servía el apoyo que pudieran suscitar a su paso las tropas carlistas, pues la superioridad de las fuerzas que las perseguían hacía imposible que se pudieran establecer en lugar alguno.¹⁸

Distinta a todas las demás por sus orígenes fue la expedición Real, a la que como tendremos ocasión de ver se incorporó Gruneisen. Tras la sublevación de los sargentos de la Guardia Real en La Granja (agosto de 1836), que obligó a María Cristina a jurar la constitución de 1812 y causó la muerte del general Quesada, uno de sus más fieles defensores, con cuyos dedos ensangrentados removieron los liberales sus cafés en el *Café Nuevo* de Madrid, la Reina consideró su situación poco segura y entró en contacto con don Carlos a través de la corte de Nápoles. Se llega a un

¹⁸Sobre esta expedición puede verse: BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso: *La expedición del general Gómez*. Madrid, Editora Nacional, 1984.

acuerdo según el cual Don Carlos ocuparía el trono, casando al mayor de sus hijos con Isabel II. Para ello era necesario que el Pretendiente se acercase a Madrid, momento en que la Gobernadora se uniría a sus filas. Al frente de 12.000 hombres, y tras diversas vicisitudes, Don Carlos llegó ante Madrid el 12 de septiembre de 1837, pero María Cristina no cumplió su parte del acuerdo y los carlistas no se decidieron a atacar la capital. La opción era correcta desde el punto de vista militar, pues para poder ocuparla con seguridad era necesario derrotar antes a las tropas de Espartero que marchaban en su persecución, pero resultó demoledora desde el punto de vista moral. Fracasada la sorpresa que se intentó sobre éste en Alcalá de Henares, la expedición se retiró al Norte de Castilla, donde coincidió con las tropas de Zaratiegui.¹⁹

La más afortunada de las expediciones carlistas, al menos hasta que se produjo su unión con la expedición Real, fue la encabezada por el general Zaratiegui, que en julio de 1837 fue enviado al frente de 4.500 hombres para tratar de distraer a parte de las fuerzas isabelinas que estaban empleadas en la persecución de Don Carlos. El 4 de agosto la expedición penetró en Segovia, donde formó un batallón de voluntarios y acuñó moneda aprovechando las instalaciones allí existentes. El 12 se acercó a las puertas de Madrid, presentando batalla en las Rozas, y acto seguido se dirigió hacia Valladolid, ciudad donde formó nuevos batallones de voluntarios al igual que hizo en la provincia de Burgos, quedando durante varias semanas gran parte de Castilla la Vieja bajo el control de las armas carlistas. Cuando se une a la expedición Real en Aranda de Duero la expedición dispone de más de 10.000 hombres, habiendo más que duplicado sus efectivos iniciales. Sin embargo, la superioridad numérica de las tropas isabelinas que marchaban en pos de don Carlos obligó a ambas expediciones a abandonar Castilla y retirarse a las Provincias. Aunque militarmente los carlistas no sufrieron en el transcurso de estas expediciones pérdidas irreparables, las disensiones que se produjeron entre los mandos del ejército con motivo de su fracaso serían una de las causas directas del Convenio de Vergara.

¹⁹ Las vicisitudes de las negociaciones pueden seguirse en BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, Alfonso: *Auge y ocaso de Don Carlos: la expedición Real*. Madrid, Arca de la Alianza Cultural, 1986, pp. 35-59. En este libro también se contiene el relato de la expedición hecho en su día por José Antonio de Sacanell, gentilhombre de Don Carlos.

No fueron estas, y es importante resaltarlo, las últimas expediciones carlistas, pues en 1838 tuvieron lugar la de don Basilio, destinada a establecer la guerra en La Mancha, y la del Conde de Negri, que debía hacer lo propio en Castilla la Vieja. Ambas columnas comenzaron su cometido con buenos augurios (llegada sin problemas a La Mancha, conquista de Segovia), pero no tardaron en ser derrotadas por las tropas enviadas en su contra, siendo la primera vez que dos expediciones carlistas no regresaron a su base. A partir de este momento, pero no antes, puede considerarse que los carlistas perdieron la iniciativa militar en el Norte, sin que eso signifique que la tomaran sus contrarios.

3. LOS PRIMEROS CORRESPONSALES DE GUERRA

Curiosamente da la sensación que cuanto más avanzan los tiempos menos se sabe sobre el origen de los corresponsales de guerra. Tal vez porque el interés se desplaza hacia las épocas más cercanas y a casi nadie le interesa saber sobre las antiguas. Así, mientras en los primeros libros publicados sobre el tema era frecuente la referencia a una serie de antecedentes, en la actualidad nadie parece plantarse que pudiera haber algo antes de Rusell y la guerra de Crimea.

Si prescindimos de Altabella, quien en su erudita obra sobre los corresponsales de guerra coloca su origen en el anónimo vigilante que llevó al ágora de Atenas la noticia, recibida a través de un elaborado sistema de hogueras, de que se había tomado Troya o, por acercarlo más en el tiempo, en Jenofonte, por haber dejado en su *Anábasis* un magistral relato de la campaña de Ciro en Persia y la posterior retirada de los diez mil,²⁰ lo cierto es que a la hora de plantearse cuál fue el origen de los corresponsales de guerra la fecha suele retrotraerse hasta las guerras napoleónicas, lo que no es de extrañar, pues si partimos del presupuesto de que el corresponsal debe ser un periodista cuyas crónicas se publican en un periódico lo primero que tendremos que tener es periódicos con solvencia económica suficiente para enviar a sus empleados al extranjero, y esto no ocurre sino a finales del siglo XVIII y en muy contados países.

²⁰ALTABELLA, José: *Corresponsales de Guerra. Su historia y su actuación. De Jenofonte a Knickerbocker pasando por Peris Mencheta*. Madrid, Febo, 1945, pp. 43-45.

Elías Durán, en su magnífico libro sobre la corresponsalía de Henry Crabb Robinson en La Coruña durante la guerra de la Independencia, recoge cuales son las características que en la actualidad se considera que debe reunir un corresponsal de guerra:

1. Ser un civil, o incluso, añadimos nosotros, ser un periodista profesional.
2. Informar sistemáticamente de un conflicto, no tan sólo unos días.
3. Estar presente en el frente o ser testigo de una o varias batallas.
4. Correr el riesgo de ser una víctima del conflicto.
5. Buscar la verdad: narrar el sufrimiento de los soldados o de las víctimas civiles y sufrir los efectos de la guerra en la información (censura, logística, propaganda, parcialidad, etc.)
6. Debe tener influencia para cambiar el desarrollo de la guerra, característica esta última que creo que se ha añadido en la bibliografía con el único propósito de dar una relevancia especial a Rusell, cuyas crónicas sobre la guerra de Crimea adquirieron una especial relevancia en la opinión pública de la época.²¹

A estas características y también para apoyar la idea de que Rusell fue el primer corresponsal de guerra, se ha añadido una séptima, tan discutible como la anterior: cubrir más de un conflicto, lo que no nos acaba de convencer pues un periódico puede decidir que función quiere que haga en cada momento uno de sus periodistas.

En base a las cinco primeras condiciones que hemos mencionado Durán estima que Henry Crabb Robinson puede ser considerado un co-

²¹ DURÁN DE PORRAS, Elías: *Galicia, The Times y la Guerra de la Independencia. Henry Crabb Robinson y la corresponsalía de The Times en A Coruña*. La Coruña, Fundación Barrie de la Maza, 2008, p. Tal y como Durán ha puesto de relieve: "Es injusto que sólo el éxito de Russell le haya hecho constar como el primer corresponsal de guerra. Sería tan injusto como afirmar que Woodward y Bernstein fueron los primeros periodistas de investigación porque su trabajo acabó con Nixon y no reconocer a los anteriores.

responsal de guerra, pues sobre no estar claro que el corresponsal deba estar en el frente donde la información a la que puede acceder es muy limitada, sus dos últimas crónicas, enviadas cuando las tropas francesas están llegando a La Coruña, sí cumplen con este requisito aunque no porque el periodista se acercará a la guerra sino porque la guerra se acercó a él. Durán llama también la atención sobre otro periodista, Peter Finnerty, que se enroló en la expedición de Walcheren en 1809 y consiguió enviar una docena de despachos dando detalles sobre la campaña antes de ser obligado a regresar. En una comunicación a las *XIV Jornadas nacionales de Historia Militar* este mismo autor nos habla de John Bell,²² que en 1794 siguió durante dos meses a las tropas del Duque de York dando noticia sin tapujos de la falta de orden de las fuerzas británicas y los errores cometidos por el segundogénito de Jorge III.²³ En cualquier caso, y volviendo a Robinson, está claro que fue un corresponsal muy distinto a los ahora usuales pues su propósito nunca fue ser testigo presencial de los hechos ni estar cerca del campo de batalla sino recoger desde la en principio seguridad de La Coruña, los acontecimientos que pasaban a centenares de kilómetros.

Aunque es posible que una minuciosa investigación pudiese descubrir algún corresponsal de guerra más en las campañas bélicas de la Revolución y el Imperio, lo cierto es que su número sería muy limitado, pues hasta la fecha tan sólo se ha podido localizar a tres (incluyendo Robinson) que desempeñaran este papel. En Europa hubo posteriormente algunos conflictos que por lo que nosotros sabemos no han sido estudiados tratando de buscar la presencia de corresponsales y en los que tal vez pudiéramos encontrar alguna sorpresa, como la campaña de los Cien Mil Hijos de San Luis en España en 1823 o la Independencia de Bélgica en 1830. En cuanto a la guerra civil portuguesa parece constatarse, gracias a la tesis doctoral en curso de realización de Paul Gordon, que *The Times* tuvo co-

²² Curiosamente Bell fue el primer propietario de *The Morning Post*, el periódico en el que luego escribió Gruneisen.

²³ DURÁN DE PORRAS, Elías: “Corresponsales de Guerra británicos en las guerras revolucionarias y napoleónicas”, en *XIV Jornadas nacionales de Historia Militar. El General Castaños y su época (1757-1852)*, Sevilla, Cátedra General Castaños, 2010, pp. 304-324, y “Peter Finnerty, un antepasado de los corresponsales de guerra modernos”, en *Textual & Visual Media: revista de la Sociedad Española de Periodística*, núm. 7, 2014, pp. 163-184. En este segundo texto, Durán admite que Robinson y Finnerty no son corresponsales del estilo de Rusell, pues ni sus crónicas tuvieron especial eco en la Inglaterra de su época, ni cubrieron más de un conflicto, a pesar de que Robinson estuvo en dos teatros de operaciones distintos durante las campañas napoleónicas.

rresponsales en el sitio de Oporto, aunque de momento no han podido ser identificados, pues en aquella época era frecuente que las crónicas se publicaran sin ningún tipo de firma o tan solo con unas iniciales. Por confesión propia, como tendremos ocasión de ver, sabemos que uno de ellos fue Michael Burke Honan.

Pero muy probablemente, y mientras no se demuestre lo contrario, la primera contienda en la que nos encontramos con la presencia relativamente generalizada de corresponsales de guerra es en la Primera Guerra Carlista. Que las campañas carlistas “atrajeron numerosos corresponsales extranjeros, a uno y otro bando”, fue ya notado por Altabella quien, refiriéndose a la Primera Guerra cita a Hardman, Gruneirand (sic) y Lichnowsky, el último de los cuales, por más que escribiese en *La Gazette de l'Etat de Prusse* no creo pueda ser encuadrado en esta categoría, pues era un militar al servicio de Don Carlos y como tal tomaba parte en los combates.²⁴ A este respecto es muy curioso que ningún autor extranjero haya notado esta presencia generalizada de corresponsales en España, y que sin embargo sean varios los que consideran que uno de ellos, Charles Lewis Gruneisen, pudo haber sido el primer corresponsal de guerra en el sentido moderno del término, aunque se limiten a constatar el dato y acto seguido pasen a centrarse en Rusell.

Bullard, en su *Famous war correspondents*, considera que “la primera guerra que fue adecuada y exhaustivamente recogida por la prensa diaria fue el conflicto de 1846 y 1847 entre los Estados Unidos y Méjico” por más que el dato hubiera pasado desapercibido a los investigadores en beneficio de Rusell.²⁵ La afirmación resulta curiosa, pues, aunque es comprensible que este autor estadounidense quiera reivindicar los primeros corresponsales de guerra para su país, su obra comienza con una cita de Borrow, sacada de su obra *La Biblia en España*, en la que recoge el párrafo que este dedica a los reporteros británicos cuando un periodista del *Morning Chronicle* le propuso subir a un piso alto de la Puerta del Sol para observar bien la en la capital fallida revolución de agosto de 1836:

²⁴ *Ibidem*, pp. 63-64, donde añade: “En nuestra próxima obra hablaremos de ellos con la extensión merecida”, lo que creemos nunca llegó a hacer. Es curioso que cuando páginas después habla de Michael Burke Honan no lo sitúa en la guerra carlista, en la que como tendremos ocasión de ver jugó también un destacado papel.

²⁵ BULLARD, Frederick Lauriston: *Famous War Correspondents*. Boston, Little Brown, 1914, p. 351.

¡Qué hombres tan extraordinarios son por lo general los corresponsales [de los periódicos ingleses]! De seguro que, si hay alguna clase de hombres que merezca llamarse cosmopolita, es ésta, formada por gente que ejerce su profesión en cualquier país indistintamente y se acomoda a voluntad a los usos de todas las clases sociales; a cuya fluidez de estilo como escritores sólo supera su facilidad de palabra en la conversación, y a su conocimiento de las letras clásicas, su experiencia del mundo, [...] La actividad, energía y valor que a veces han de desplegar en sus tareas informativas son en verdad notables. En París, durante los tres días, los vi mezclados con la *canaille* y los *gamins* detrás de las barricadas, mientras la metralla llovía por todas partes y los desesperados coraceros estrellaban sus fogosos caballos contra unos parapetos tan débiles en apariencia. Allí permanecían, tomando notas en un cuaderno con tanta tranquilidad como si estuvieran haciendo información en un mitin de Covent Garden o de Finsbury Square, mientras que en España, varios de ellos acompañaban a las guerrillas de los carlistas y los cristinos en algunas de sus incursiones y expediciones más arriesgadas, exponiéndose al peligro de las balas enemigas, a las inclemencias del invierno y a los rigores del sol estival.²⁶

Queda claro pues, en el texto de Borrow, que en España hubo varios corresponsales ingleses a lo largo de la contienda y que varios de ellos acompañaban a las tropas por lo que podrían ser plenamente considerados corresponsales de guerra. Bullard recoge que posiblemente los primeros a lo que se pusiera dar este apelativo fueron Henry Crabbe (sic) Robinson y Charles Lewis Gruneisen, si bien diferencia claramente entre ambos, pues del primero afirma “que no consideró parte de su trabajo

²⁶ *Ibidem*, p. XVII. Bullard omite dos pequeños textos dentro del párrafo que he marcado entre corchetes. El segundo no tiene interés para el tema que nos ocupa, pero el primero sí, y lo he reproducido, pues menciona específicamente a “los reporteros ingleses.” En agosto de 1836 el corresponsal en Madrid del *Morning Chronicle* bien podría ser John Moore, que bajo el pseudónimo de Poco Más escribió *Scenes and adventures in Spain from 1835 to 1840*. Londres, Richard Bentley, 1845, 2 vols.; pero lo cierto es que no menciona para nada este episodio. Borrow le llama “D”, por lo que también cabe la posibilidad de que fuera George Dennis, a quien se atribuye la obra *Madrid in 1835: sketches of the metropolis of Spain and its inhabitants, and of society and manners in the Peninsula. By a resident officer*. Londres, Saunders and Otley, 1836, 2 vols. El libro está firmado en Madrid en marzo de 1836, pero cabe la posibilidad de que permaneciera algún tiempo más en la ciudad. Desgraciadamente el *Morning Chronicle* no está disponible actualmente para su consulta online, por lo que tendremos que esperar a verlo físicamente para aclarar esta duda.

ver una batalla.” En cuanto a Gruneisen reconoce que estuvo en el cuartel general de Don Carlos y que vio luchar “pero aún no habían llegado los días de arduo esfuerzo para llevar las noticias a casa, y no había una competición en Londres por ser el primero en enviar despachos desde el escenario. Gruneisen fue definitivamente el primero enviado como corresponsal de guerra, y Russell fue el primer corresponsal de guerra profesional.”²⁷

En este mismo sentido Knightley, en su obra ya clásica sobre los corresponsales de guerra, admite que probablemente el primer corresponsal de guerra fue Gruneisen pero que la cobertura por Russell de la Guerra de Crimea marcó el inicio de un esfuerzo organizado por contar una guerra a la población civil en sus casas usando los servicios de periodistas civiles.²⁸ Los nombres de Robinson y Guneison (sic) son también recogidos por Royle, que incide en que mientras Robinson no fue testigo de los hechos que narra Gruneisen estuvo en el frente y “afirmó ser el primer auténtico corresponsal de guerra real en el sentido de que él informó realmente desde el campo de batalla.”²⁹

Ahora bien, independientemente de sus similitudes y diferencias con Russell, es curioso que sean varios los que citan a Gruneisen como el primer corresponsal de guerra, pues no fue el primero de los que llegó a España para cubrir la Primera Guerra Carlista. Es más, ni siquiera fue el primer corresponsal que el *Morning Post* envió a seguir la guerra. Que su nombre haya quedado en el recuerdo puede deberse a la conferencia de hora y media que impartió en el Shire Hall de Hertford el 29 de enero de 1874 a los miembros de la Asociación Literaria, conferencia que fue publicada de forma inmediata haciéndose constar en la portada el carácter de “corresponsal de guerra del *Morning Post* en España en 1837-8” de su autor. El tema resultaba de actualidad pues España volvía a estar llena de corresponsales de guerra que esta vez cubrían la Tercera Guerra Carlista. De no ser por esta conferencia y su posterior publicación es muy posible que su nombre hubiera quedado en el olvido, como ocurrió con el resto

²⁷ BULLARD, *Famous War Correspondents*, pp. 5-9 y 351-352.

²⁸ KNIGHTLEY, Philip: *Corresponsales de Guerra*. Barcelona, Euros, 1976, p. 11.

²⁹ ROYLE, Trevor: *War report. The war correspondent's view of battle from the Crimea to the Falklands*. Worcester, Mainstream Publishing, 1987, pp. 16-18

de sus compañeros al menos en lo que a su experiencia española se refiere.³⁰

No es tarea fácil dilucidar quién fue el primer corresponsal de guerra que cubrió la Primera Guerra Carlista, y no lo es porque cuando se produce la muerte de Fernando VII son varios los periodistas que se encuentran en Madrid como corresponsales habituales de sus periódicos y cuando surge la contienda civil dan cuenta de la misma, pero no creo que se les pueda considerar corresponsales de guerra en sentido estricto. A lo largo de la guerra otros muchos vendrán a España, esta vez movidos por el conflicto, pero, mientras algunos establecen su sede en la Corte, otros prefieren acompañar a los ejércitos, uniéndose a los isabelinos, a los carlistas, o pasando de unas filas a otras según lo consideraban oportuno, lo que en ocasiones fue origen de notables dificultades con las autoridades e incluso les suscitó la censura de otros escritores.³¹

Es muy probable que el mejor conocedor de la Península que cubrió la guerra para la prensa británica fuese William Walton, corresponsal del *Morning Post*. Walton, en cuyas obras late un profundo amor a España, había publicado diversos escritos sobre la América Española y en defensa de don Miguel de Portugal, y a lo largo de la guerra carlista se mostró como un constante defensor de don Carlos. Estuvo con el ejército carlista del Norte a finales de 1835 y además de sus crónicas, que prosiguió desde Bayona, es autor de un muy notable libro titulado *The Revolutions of Spain, from 1808 to the end of 1836. With biographical sketches of the most distinguished personages and a narrative of the war in the Peninsula down*

³⁰ GRUNEISEN, Charles Lewis: *Sketches of Spain and the Spaniards during the Carlist War*. Londres, W.H. and L. Collingridge, 1874. El resumen que hace Bullard al comienzo de su obra sobre la actuación de Gruneisen en España induce a pensar que había leído este folleto, y de Bullard es de quien han bebido los demás autores citados, pues es muy evidente que Royle no conoce a Gruneisen de primera mano, pues no solo escribe mal su nombre, sino que además coloca el inicio de su estancia en España en 1835, cuando no se produjo hasta un par de años después.

³¹ FARR, Thomas: *A Traveller's rambling reminiscences of the Spanish War; with a refutation of the charges of cruelty brought against general Evans and the British legion; and a defence of British policy*. Londres, J. Ridgway & Sons, 1838, pp. 94 y 253, critica sin dar su nombre a Gruneisen por haber estado en Sebastián antes de haber pasado al bando carlista, y considera que tanto él como Stephens durante su permanencia en el territorio controlado por los isabelinos trataron de recoger toda la información posible para dársela a sus enemigos. Aunque también les echa en cara tratar de disimular las crueldades de los carlistas pensaba que el público británico les debía mucho por haber dado a conocer su verdadera fuerza.

the present time, from the most authentic sources (Londres, Richard Bentley, 1837, 2 vols.), fuente de gran interés para el estudio de la Primera Guerra Carlista, a la que está dedicado en su integridad el segundo volumen.³²

Otro corresponsal del mismo periódico fue Edward Bell Stephens que, al igual que Walton, nos dejó en un libro su relato de la guerra.³³ Llegó a Bayona el 3 de septiembre de 1836 para preparar un viaje por Navarra y las Provincias Vascongadas como corresponsal del *Morning Post* acreditado en la corte de don Carlos. Camino de Bayona se encontró con varios grupos de desertores de la Legión británica en pésimo estado. Habían huido del látigo del general Evans en San Sebastián esperando encontrar impunidad entre los carlistas en Hernani, pero fueron expulsados por el coronel Merry, jefe del batallón extranjero carlista, por “ladrones y bebedores irrecuperables”. Abandonados por el cónsul británico en Bayona pasaron a las cárceles francesas, desde donde se les dirigió a su país “de la forma más desagradable que la refinada policía francesa pudo sugerir.”³⁴ El 15 de septiembre escribía un artículo contra la actitud de los barcos británicos en Bilbao, que comenzaba diciendo: “Nosotros estamos ahora en guerra con Don Carlos, o sea, con la gran mayoría de la nación española.”

El libro de Stephens, al igual que el de Walton, es espléndido y lleno de datos imposibles de encontrar en otras fuentes. Así recoge que a poco de llegar a la zona carlista el marqués de Valde Espina le invitó a un festín en Mondragón en el que dijo: “Han llegado un día de suerte. Este día hace tres años, el 3 de octubre de 1833 (cuatro días después de la muerte de Fernando), yo cumplí la misión que me mandó Don Carlos proclamándole en Bilbao, a la cabeza de doscientos hombres, Rey de España y Señor de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa. Hemos luchado duramente desde entonces para mantener este título, y me han quemado mi casa y mi hogar; pero lo estamos consiguiendo a pesar del gobierno de Madrid. Él tiene ahora respaldándole treinta mil soldados en armas, y ya es aclamado entusiástica-

³² Walton había tenido una curiosa evolución ideológica a lo largo de su vida que puede seguirse en HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, Carlos Gregorio: “William Walton, las independencias iberoamericanas y la revolución liberal”, en CHUST CALERO, Manuel y MARCHENA FERNÁNDEZ, Juan (eds.): *El liberalismo revolucionario en la década de 1820 en España y América*.

³³ STEPHENS, Edward BELL. Esq: *The Basque Provinces: their political state, scenery, and inhabitants, with adventures amongst the carlist and christinos*. London, Whittaker & Co, 1837, 2 vols.

³⁴ STEPHENS, *Ibidem*, tomo I, p. 3.

mente como soberano en mil doscientas ciudades y pueblos.”³⁵ La cita resulta de enorme importancia para el conocimiento de la sublevación carlista en las provincias Vascas, pues pese a que en nuestra tesis de licenciatura primero y en nuestra tesis doctoral después abordamos con gran extensión el tema no habíamos logrado encontrar una vinculación directa entre los alzados en Vascongadas y la Junta carlista de Madrid, vinculación que aquí queda de manifiesto en la persona del marqués de Valde Espina.

Problema que complica enormemente la realización del censo de los corresponsales que cubrieron la guerra, hasta el punto de que muchas veces han de descubrirse en los libros que escribieron y no en las crónicas publicadas, es que la mayor parte de las veces sus crónicas aparecen sin firmar, con indicaciones tan vagas como “from our correspondent”, “from another correspondent”, “from our own correspondent”, “private correspondent”, etc., y por si fuera poco hay ocasiones en que coinciden un par de corresponsales del mismo periódico en la misma zona.

Como cabía suponer, no fue el *Morning Post* el único periódico que envió corresponsales a España. Un corresponsal del *Morning Herald*, probablemente Georges Mitchell, cuenta como a finales de junio de 1835 cruzó la frontera para poder confirmar la muerte de Zumalacárregui, lo que hizo mediante una nota firmada en Vera el 28 de junio.³⁶ El 29 escribía una crónica en la que afirmaba que había tenido la fortuna de conocerle, y que había estudiado su carácter y sus movimientos. El 9 de diciembre en nota sin firmar pero que por la defensa que hace en primera persona de los ataques recibidos del *Chronicle* se puede afirmar sin temor a dudas que es Mitchell, expone que en el mes de mayo estuvo en el cuartel general de don Carlos, y que su pasaporte tenía 13 visas de las autoridades francesas y españolas que correspondían tan sólo a los viajes efectuados oficialmente.

El 14 de diciembre el periódico publica una nota fechada en Hernani el día 3, sin firma, pero que da toda la sensación de ser de Michael Burke Honan. El día 16 se reproduce un escrito enviado desde Oñate diez días

³⁵ *Ibidem*, tomo I, p. 118.

³⁶ *The Morning Herald*, 6-VII-1835

antes “from our correspondent”, y el 25 aparece una nueva crónica “from our correspondent” fechada en el cuartel general de Don Carlos en Oñate el 13 de diciembre y en la que por primera vez aparecen las iniciales M.B.H. En ella afirma que lleva catorce días viajando por las Provincias y que se proponía entrar en Vizcaya. Es una crónica general e interesante sobre los hombres y recursos de los carlistas, como llegó hasta ellos y las expectativas de la guerra. El día 23, ya de vuelta en Bayona, Honan afirma que la prosperidad que había visto en las Provincias no era comparable con la de cualquier otro punto de España.³⁷

Honan pasó de Francia a la zona isabelina y publicó un libro contando sus impresiones de uno y otro bando en el que hace una magnífica descripción de la zona carlista y recoge sus problemas en la liberal, pues a los dos días de llegar a Madrid fue advertido por el Gobierno y el Embajador británico de que debía abandonar el país.³⁸ Honan decidió no cumplir la orden hasta que la recibiera por escrito, lo que nunca ocurrió, y se dedicó a frecuentar los lugares públicos evitando las casas de los conocidos como carlistas. Una noche, tras haber estado en un baile de la mujer del Príncipe de la Paz, fue despertado a las seis de la madrugada con orden de salir de inmediato hacia Lisboa. En la calle le esperaba un coche y pese a todos sus esfuerzos tan sólo consiguió media hora para prepararse a partir, aunque luego hubieron de esperar otras dos al mayoral en el Puente de Segovia pues estaba en una taberna vecina “fumándose un cigarro o despidiéndose de sus amigos.” Pronto intimó con el oficial de la escolta que lo llevaba: “Entonces empezó a hablar de él y de su ocupación, del gobierno, de la policía, de los cristinos, y carlistas; y si la mitad de lo que decía era verdad, se habían cometido escenas de iniquidad en los dos últimos años en el nombre de la libertad, en Madrid, que excedían las de los peores días de la Inquisición. Me contó que él y sus compañeros estaban empleados casi todas las semanas en visitas domiciliarias, y se llevaban al alba a los sospechosos del seno de sus familias, y pasaban con ellos la frontera.” Claro que no todos tenían tanta suerte, pues su último servicio había sido recoger en su casa a un coronel carlista que el Gobierno había sabido estaba en Madrid. Se le trató con todo respeto, igual que a Honan, pero al llegar

³⁷ *The Morning Herald*, 29.XII.1836.

³⁸ HONAN, Michael Burke: *The Court and Camp of Don Carlos; being the results of a late tour in the Basque Provinces, and parts of Catalonia, Aragon, Castile, and Estramadura*. London, John Macrone, 1836.

a veinte leguas de Madrid fue fusilado por un piquete de quince soldados que le esperaba para ello.³⁹

Al llegar a Navalcarnero se les incorporó una escolta de quince hombres, lo que convirtió un viaje de tres días en una marcha de diez:

Hombre, dije yo al oficial -usted tiene el poder de robarme mi libertad, pero no de privarme de mi tiempo. Si pierdo dinero, puedo ganarlo; si pierdo mi mujer, puedo encontrar otra; si mi reloj, hay abundancia de buenos fabricantes; una comida puede ser reemplazada por una cena; pero si usted me quita siete días de tiempo, nunca podrán ser recobrados." "Amigo", replicó, "que gente tan extraordinaria sois los ingleses. Es algo en lo que yo no había pensado antes. Con toda seguridad es cierto; nosotros no podemos recuperar el tiempo perdido; pero aun así debemos ir con los soldados a su paso."-"Qué", dije yo "tiene usted miedo" -"No; pero si los carlistas me cogen, me despellejan." "También lo harían conmigo." "Amigo, su piel no es la mía." "Pero si no hay carlistas en esta carretera". "No hay un pueblo que no esté lleno de ellos." "¡Oh! Yo pensaba que todo el pueblo estaba por la Reina" "Usted es un *farsante*, Don Miguel. Todos ellos son un conjunto de malvados carlistas, que me colgarían del primer árbol por el uniforme que llevo -el de la guardia Nacional." "Pero como no nos esperan, no pueden estar preparados, y por tanto nosotros podremos pasar." "Nos esperan, ciertamente, porque yo le digo que ellos están siempre dispuestos a desollar un urbano. Fíjese, en el próximo pueblo al que vamos, todos los hombres, mujeres, y niños son conocidos carlistas; nosotros le llamamos la pequeña Navarra." "¡Hombre! Usted me asombra; Yo creía que yo estaba entre los cristinos; pero yo veo como es; los carlistas son una mala especie, pero tienen a todo el país con ellos." "Si, no hay hombres honestos, excepto los que han emigrado y están comprometidos."⁴⁰

También merece la pena destacar la narración que nos hace de los efectos de la guerra al atravesar una zona en teoría relativamente ajena a ella, como Extremadura:

Las gentes de Extremadura son llamados los negros de España, por lo obscuro de su compleción. Las mujeres y niños son particularmente feos, y toda la apariencia del país tiene menos de agradable de lo que se encuentra en otras provincias. La población es bastante inadecuada a la extensión de los medios del distrito: las redadas diarias hechas para la recluta del ejér-

³⁹ *Ibidem*, pp. 398-402.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 403-404.

cito de la Reina la reduce aún más; y algunas de las más fértiles tierras del mundo están destinados durante algún tiempo a ser un yermo estéril. Yo no tenía idea de los desoladores efectos de las repetidas quintas, o conscripciones, hasta que he atravesado España en muchas direcciones, pero ningún lugar estaba tan golpeado por ellas como Extremadura, donde sólo vi viejos, mujeres y niños; los jóvenes habían sido llevados fuera en cuatro ocasiones durante los dos últimos años, y la tierra estaba cultivada solo en la proximidad inmediata de los pueblos. [...]

Encontramos cuatro o cinco mil de estos conscriptos marchando hacia el Norte. Eran sobre todo muchachos de dieciséis a veinte años; muchos de ellos con andrajos, y parecían ser los especímenes más torpes de la juventud cristina. Aprovechaban todas las oportunidades para desertar; y algunas compañías de soldados veteranos les escoltaban de ciudad en ciudad para impedirlo.⁴¹

Honan, hoy completamente olvidado, puede reivindicar sin ningún tipo de complejo haber sido el primer corresponsal de guerra profesional, anticipándose por tanto a Russell y al propio Gruneisen. Según cuenta al principio de los dos volúmenes que narran sus andanzas en Italia como corresponsal de *The Times* en 1848: “Durante más de veinte años yo no he hecho nada más que correr de un campo de batalla a otro, -de guerra civil a guerra civil,- de disparo y cañonazo a cañonazo y disparo, experimentando todos los peligros y fatigas de la campaña sin los honores del soldado, y esperando ver todo, saber todo y tener el mapa del mundo en la punta de mis dedos. Yo, el menos digno de los corresponsales extranjeros, he presenciado casi todos los grandes sucesos que han perturbado el mundo desde 1827.” Y en efecto, había iniciado su carrera como corresponsal trabajando para el *Morning Herald*, uniéndose a la expedición del general Clinton a Portugal. En 1830 estuvo en la revolución de París y en Bruselas cuando se rechazó a los holandeses. “De allí fui a observar cómo Don Pedro mantuvo su pequeño ejército dentro de las murallas de Oporto en 1832, y de aquel excitante escenario pasé a Madrid en el momento apropiado para contemplar el inicio de la enemistad entre Cristina y los carlistas, o, para hablar con más propiedad, la guerra de enaguas entre las princesas napolitanas y portuguesas, como consecuencia de la cual se ha determinado el destino de la Península.” Posteriormente se le ordenó ir a Constantinopla “para ver ondear el estandarte ruso en Scutari.” Regresó

⁴¹ *Ibidem*, pp. 408-411.

a España tras la muerte de Fernando VII y en 1835 acudió al Congreso de Töplitz. *The Times* le envió a cubrir la guerra entre México y los Estados Unidos, aunque regresó a tiempo de asistir a la elección de Pío IX. De Roma marchó al Cairo, y en febrero de 1847 fue enviado de nuevo a Portugal para cubrir la revuelta del país vecino.⁴²

4. CHARLES LEWIS GRUNEISEN, CORRESPONSAL DE GUERRA DEL *MORNING POST* EN ESPAÑA

Fundado el 2 de noviembre de 1772 con el título de *The Morning Post and Daily Pamphlet*, *The Morning Post* adquirió su nombre definitivo el 15 de diciembre de 1792 y perduró más de 160 años, hasta el 1 de octubre de 1937, fecha en que fue adquirido por *The Daily Telegraph*. En general fue un periódico conservador, aunque notablemente independiente en su línea de pensamiento, y desde luego lo era durante la Primera Guerra Carlista, donde al igual que la mayor parte de la prensa Tory estaba al lado de Don Carlos. En esta época se imprimía a seis columnas y podía tener entre cuatro y ocho páginas, según lo aconsejaban las noticias del día. Una de sus características era la gran importancia que se daba a las noticias del extranjero, publicándose amplias cartas remitidas desde los más diversos lugares. Su tirada media en esta época era de unos siete mil seiscientos ejemplares, mientras que *The Times* afirmaba llegar a los diez mil.⁴³

Tal y como ha estudiado Rosario Gutiérrez en su tesis doctoral sobre *La Primera Guerra Carlista en el Morning Post*, de próxima defensa, en los primeros meses de la Guerra Carlista las noticias de España se recibían desde París, desde donde se enviaban por mar a Inglaterra e iban firmadas por A.Z.P. Posteriormente se empezó a recibir información de varios lugares de España que por lo general aparecía atribuida a “our correspondent” o “Private correspondent”, y que no suelen ir firmadas. El interés por la guerra va creciendo a lo largo del tiempo, y el 10 de noviembre de 1835 aparece una crónica remitida por X Y desde Bilbao que también firmaría otras en Vitoria y San Sebastián, la última de la cuáles, titulada “Desde el cuartel general de la Legión Británica”, está fechada el 19 de marzo de 1836.

⁴² HONAN, Michael Burke: *The personal adventures of Our Own Correspondent in Italy*. Londres, Chapman and Hall, 1852, tomo I, pp. 17-19.

⁴³ HINDLE, Wilfrid. *The Morning Post, 1772-1917. Portrait of a Newspaper*. Londres, Routledge, 1937.

El 18 de diciembre de 1835 se publica en *The Morning Post* la primera de las crónicas remitidas desde Oñate, sede del cuartel real carlista, “from our correspondent”, firmada el 8 del mismo mes. Este corresponsal, que ya como ya hemos comentado era William Walton, permaneció un par de meses en territorio carlista y luego continuó remitiendo sus crónicas desde Bayona. Como también hemos señalado, meses más tarde se produjo la llegada de Edward Bell Stephens que permaneció en la zona carlista desde septiembre de 1836 a enero de 1837, cuando regresó a su país tras el fracaso legitimista en el tercer sitio de Bilbao.

Pese a la indudable importancia de las crónicas y libros publicados por los corresponsales de guerra que hasta aquí hemos mencionado, entre los que juegan un relevante papel los del *Morning Post*, quien hasta la fecha ha alcanzado una mayor notoriedad entre los predecesores de Rusell es Charles Lewis Gruneisen. A la hora de hablar de las circunstancias bajo las cuales comenzó su carrera como *Special* en España Gruneisen señala que los líderes Tories estaban deseosos de tener una información auténtica y depurada de lo que ocurría en la Península, y de la actuación de la Legión Británica encabezada por Evans. Gruneisen estaba en contacto con el *Morning Post* desde 1834 y conocía a los defensores de Don Carlos en Londres, incluido Walton, cuyas publicaciones elogia. “Además, había expresado el deseo de ver personalmente a los líderes carlistas y conocer sus expectativas, y también sus intenciones de gobierno para el futuro. Quizás también actué por la juvenil curiosidad de ver algunas de las realidades de la guerra. De cualquier modo, una mañana en marzo de 1837, el director del *Morning Post*, Mr. C.E. Michele, que fue después cónsul en San Petersburgo, me llamó y tras establecer que era ciertamente la intención del ejército carlista dejar las provincias vascas para marchar sobre Madrid, me preguntó si yo estaría dispuesto a acompañar la expedición real como corresponsal, visitando primero San Sebastián para informar completamente de la situación de la Legión Británica. Sin un momento de duda acepte la misión, y unas pocas horas fueron suficientes para coger mis instrucciones de la oficina, conseguir mi pasaporte para España vía Francia, hacer rápidos preparativos, y salir con el correo nocturno hacia Dover.”⁴⁴

⁴⁴ GRUNEISEN: *Sketches of Spain*, p. 14. No deja de ser curioso que el director del *Morning Post* fuera conocedor del propósito de los carlistas de marchar sobre Madrid, fruto de las muy secretas negociaciones mantenidas entre Don Carlos y María Cristina a través de la corte de Nápoles, dos meses antes de que verificara su salida.

Tal y como se le había prevenido, Gruneisen comenzó su estancia en España visitando a las tropas de la Legión Británica en San Sebastián. Allí tuvo ocasión de hablar con el general Evans, que estaba al frente de la misma, y con el coronel Wylde, que estaba con el ejército español como representante del gobierno británico, y fue recibido con toda cortesía y cordialidad por los oficiales de la Legión, que le hicieron una magnífica impresión: “si los soldados hubieran estado a la par en eficacia y disciplina con sus comandantes, habría quedado en España una impresión distinta de la desastrosa reputación que tuvo.”⁴⁵ Pero si cruzar a la zona ocupada por los isabelinos había sido fácil, llegar a las filas carlistas no lo iba a ser tanto, pues el gobierno de Luis Felipe apoyaba a la reina, y no permitía que se pudiera traspasar su frontera para entrar en la zona controlada por las armas carlistas.

Al pasar por Paris Gruneisen había tenido la precaución de hablar con los agentes carlistas, que le indicaron quienes eran los contrabandistas que le podían ayudar a cruzar la frontera, tal y como hizo atravesando el Bidasoa en mitad de la noche en una barca con remos silenciosos, sin que ello les librara de varias descargas de fusil. Gruneisen fue entonces conducido a una posada situada a unas doscientas yardas de Irún donde encontró bebiendo a un grupo de oficiales franceses y españoles, que le impresionó muy favorablemente, dado todo lo que llevaba oído sobre el carácter rudo y salvaje de los carlistas, y con los que acabó hablando de arte, literatura y los méritos de los cantantes y compositores de ópera. Antes le informaron de la expedición carlistas que se disponía a abandonar las provincias y, al saber que procedía de San Sebastián, le pidieron información sobre la Legión Británica, “pero, por supuesto, repliqué que no tenía información para darles, más allá de la que había aparecido en el periódico para el que escribía.”⁴⁶ Irún sería tomado pocos días más tarde por la Legión Británica, que se desquitó así de su fracaso en Oriamendi.⁴⁷

Gruneisen, que nunca estuvo al tanto de las negociaciones entre Don Carlos e Isabel II que fueron el auténtico origen de la expedición Real, atribuye la misma a que el País Vasconavarro estaba exhausto por cerca

⁴⁵ GRUNEISEN: *Sketches*, p. 16.

⁴⁶ GRUNEISEN, *Sketches*, p. 15.

⁴⁷ Una detenida e interesante relación de estos hechos puede verse en GUIRAO, Ramón y GONZÁLEZ, Rafael: *Guerras carlistas en Irún y Hondarribia, 1833-1876*. Madrid, Almena, 2016, pp. 21-49.

de cuatro años de guerra, lo que hacía necesario llevar la misma a otras regiones de España, y se veía apoyado por el éxito que el año anterior había tenido la expedición de Gómez, que durante seis meses había recorrido miles de kilómetros a lo largo y ancho de toda España sin que los isabelinos hubiesen sido capaces de destruirla.

Quien no leyera más que los Sketches que publicó Gruneisen podría pensar que su incorporación a la expedición Real, se produjo de inmediato una vez hubo penetrado en el territorio controlado por los carlistas, pero nada más lejos de la realidad, pues para poder adentrarse en él y unirse a la expedición necesitaba el permiso expreso de Don Carlos, y este tardó tanto que cuando Gruneisen llegó a Estella, el 20 de mayo, la expedición acababa de internarse en territorio enemigo. El obispo de León, con quien pudo entrevistarse, le hizo presente que ya no había posibilidad de unirse a la misma como no fuera a través de Francia.⁴⁸ Lo más curioso del tema es que el periódico, a la vez que da cuentas de estos sucesos, añade que ya se había anticipado a esa posibilidad “y hecho los arreglos para el servicio de otro corresponsal que está unido al ejército expedicionario y del cual esperamos prontas y copiosas comunicaciones.” Y de hecho, en el número del *Morning Post* correspondiente al 15 de junio hay una relación de todo lo ocurrido durante el transcurso de la expedición Real hasta el 28 de mayo, fecha de esta crónica, firmada en Barbastro por G., cuya identidad ignoramos, y de quien no vuelve a reproducirse ninguna otra carta.⁴⁹

Gruneisen, que el 31 de mayo fechaba una de sus crónicas en Bayona, el 5 de junio hacía lo propio en Tolosa, el 8 en Perpiñán, y el 18 en Mont-Louis, desde donde se trasladó a Err, a unos diez kilómetros de la frontera española.⁵⁰ El 19 informaba de que le había llegado noticia de la derrota de la expedición Real a manos del barón de Meer, y daba cuenta de las extraordinarias medidas que se tomaban para evitar que nadie pudiera atravesar la frontera, medidas que alcanzaron también a Gruneisen, que como corresponsal “alegaba el derecho, como un narrador independiente de los hechos, de no ser molestado, ni en el campo de los carlistas ni en el de los cristinos.” Cuando se acababa de retirar a dormir un comisario de policía con varios gendarmes le despertó y sometió a un anodino

⁴⁸ *The Morning Post*, 6-VI-1837, p. 2.

⁴⁹ *The Morning Post*, 15-VI-1837, p. 2.

⁵⁰ *The Morning Post*, 26-VI-1837, p. 6.

interrogatorio, acompañado de la revisión de su pasaporte. Finalmente el comisario se disculpó alegando que le había confundido con un general carlista. Todo ello le servía para poder afirmar que los franceses estaban plenamente dispuestos a cumplir con los compromisos que habían contraído al firmar el tratado de la Cuádruple Alianza, y que nada podía exceder la vigilancia que se observaba para prevenir el paso de personas y suministros a la zona controlada por los carlistas.⁵¹

El 20 de junio un oficial liberal de caballería, que había estado exiliado en Londres, le invitó a pasar a Puigcerdá, localidad fronteriza ocupada por las tropas cristinas, donde pasó buena parte del día.⁵² El 21, de nuevo en Err, daba noticia de la entrada de Don Carlos en Solsona el 15 de junio.

El siguiente despacho de Gruneisen, fechado el 23 de junio en Castel, está escrito ya en el interior de la Cataluña carlista. Ante todo cuenta los peligros para atravesar la frontera, no en el lado español, pues estaba completamente en poder de los carlistas, sino en la parte francesa, cuyas autoridades permitían que “pequeñas bandas de asesinos, que se llamaban así mismos tropas cristinas, salieran de Puigcerdá [...] y robaran y asesinaran a todos los que encontraban.” El día anterior a las dos de la mañana había dejado Err montado en un penco que pronto se vio obligado a abandonar para continuar a pie. Dos guías iban por delante para comprobar que las carreteras estaban libres, mientras que otro le acompañaba. El camino era el peor que nunca había andado, y escogieron rutas que pensaba nadie había transitado jamás, llenas de precipicio y torrentes. A las diez llegó a Planolas, donde consiguió un caballo y en cuatro horas se puso en Castel, presentándose a las autoridades carlistas.⁵³

Dadas las vicisitudes a las que quedaban expuestas las cartas enviadas por Gruneisen, en ocasiones ocurrió que el orden cronológico en que llegaron sus cartas no fue el mismo en el que habían sido escritas. Así, antes de su colorista narración de como había logrado burlar la vigilancia de franceses y cristinos en la frontera, *The Morning Post* había tenido noticia de su llegada por la crónica que había firmado en Solsona el 28 de junio, y que pudo publicar en su edición del 11 del mes siguiente, poniendo en valor

⁵¹ *The Morning Post*, 27-VI-1837, p. 3.

⁵² *The Morning Post*, 30-VI-1836, p. 4.

⁵³ *The Morning Post*, 12-VII-1836, p. 4.

que se trataba de la correspondencia de la persona que el periódico había enviado para seguir a la expedición Real. Aunque era consciente de que las noticias que daba eran más antiguas que las que se habían recibido de Francia por telégrafo, el periódico consideraba que la misiva de Gruneisen sería leída con gran interés: “porque contiene la única narración racional que ha sido publicada hasta ahora sobre los movimientos del ejército carlista, los diversos enfrentamientos que han tenido con las tropas de la Reina, y una descripción verídica del estado del país y de los sentimientos del pueblo de Cataluña [...] No ocultando nada, y narrando todas las circunstancias, sean favorables o desfavorables a Don Carlos, nuestro corresponsal lleva plenamente a su término las instrucciones que le dimos cuando le encargamos esta tarea. Nosotros estamos unidos por los principios a la causa de Don Carlos. Nosotros pensamos que él tiene el derecho a reinar, y que del éxito de sus armas depende el bienestar de su país, pero nosotros no tenemos que servir objetivos personales, y nuestros lectores deben mirarnos con confianza para saber la verdad y nada más que la verdad.”⁵⁴

En Solsona Gruneisen tuvo ocasión de hablar con Sierra, el ministro de Estado de Don Carlos, que elogió al *Morning Post* por el apoyo que había dado a los legitimistas, y que le produjo la mejor impresión: “Poseyendo una gran inteligencia, tiene además las más amigables maneras y es universalmente apreciado”, juicio en el que pudo incluir lo que añade a continuación: “su excelencia habla fluidamente el inglés.”

Nada más llegar, y tal como él mismo nos informa, Gruneisen procuró hacerse con la información más completa de cuanto había ocurrido en la expedición hasta su llegada,⁵⁵ y nos consta que por lo general recurrió a buenas fuentes, pues la narración que hace de las batallas que hasta entonces habían mantenido los carlistas es esencialmente correcta, incluyendo la de su derrota en Gran, donde señala que el resultado de la jornada estuvo marcado por una carga de la caballería isabelina contra dos regimientos catalanes que no tenían experiencia en este tipo de combate y abandonaron la línea de batalla.⁵⁶ Cómo hará numerosas veces a lo largo

⁵⁴ *The Morning Post*, 11-VII-1836, p. 2.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 3. Recoge incluso detalles tan concretos como la muerte, ahogado en el Cinca, del hijo de un rico marqués de Barbastro [el marqués de Artasona, según puede verse en otras fuentes] que acababa de unirse a las tropas carlistas.

⁵⁶ Cfr. BULLÓN DE MENDOZA: *Auge y ocaso de Don Carlos*, pp. 90-94.

de sus crónicas Gruneisen recoge la humanidad de Don Carlos, que con lágrimas en los ojos no quiso que Moreno persiguiera a las tropas que había derrotado en Huesca, “porque a pesar de que había sido atacado por españoles seguían siendo sus súbditos.”

El 29 de junio Gruneisen informaba de que al día siguiente saldría con una escolta hacia el cuartel real, aunque lo cierto es que tuvo que demorarse algo más en salir en busca de la expedición, lo que dio lugar a que pudiera conocer a Tristany, uno de los principales jefes catalanes. Entre sus acompañantes iban el marqués de Incisa, un militar italiano a quien se había otorgado la gran cruz de San Fernando por su comportamiento en las batallas de Huesca y Barbastro, y el vizconde de Pina, con cuyo hermano, el marqués del mismo nombre, había coincidido en Navarra, y que en esos momentos se encontraba en la frontera de Cataluña con Francia esperando la llegada de Henningsen, que había servido un año a las órdenes de Zumalacárregui. Su guía en esta ocasión era Josefina Duc, de Aguada, que había prestado tantos servicios a Don Carlos que tenía una pensión de dos pesetas diarias.⁵⁷ El 5 de julio llegó a Santa Perpetua, donde el grupo pensaba esperar una coyuntura favorable que le permitiera atravesar entre las guarniciones cristinas de la zona de Cervera, pero hubo que abandonar el pueblo de inmediato ante la amenaza de una incursión cristina realizada con el propósito de cobrar contribuciones. Pasaron la noche y el día siguiente en una miserable cabaña donde no había nada que comer y al regresar al pueblo se encontraron con un par de compañías carlistas bajo cuyo amparo pudieron continuar la marcha, pero en Fullada vislumbraron una brigada isabelina que había salido de Tarragona y estuvieron a punto de caer en sus manos.

Poco después cruzaron el Ebro en una barca donde el agua les llegaba a los tobillos, y entraron en Corbera. Allí Gruneisen encontró una nueva prueba de la brutalidad de la guerra: “Mi atención fue llamada por un poste recién colocado, al que había sido clavada una mano, ennegrecida por los rayos del sol y todavía manchada por la sangre de la víctima. Una inscripción contaba la historia de este acto de venganza: Francisco Papeo había sido fusilado y enterrado en el lugar por el horrible crimen de haber tratado, por instigación de las autoridades cristinas, de asesinar a varios oficiales carlistas; que él había confesado sus terribles intenciones, y que

⁵⁷ *The Morning Post*, 20-VII-1837, p. 2.

su mano se había dejado como recuerdo de la atrocidad de los enemigos del rey legítimo.”⁵⁸

En Arnes, último pueblo de principado, se veían, como en otros muchos lugares de Cataluña, vestigios de la barbarie “del sanguinario Mina”, pues la mitad de las casas habían sido destrozadas por el fuego. “Las crueldades perpetradas en Cataluña han sido una triste adición a los horrores de esta guerra, la cantidad de la cuales es difícilmente creíble. Ahora he penetrado a través de esta infeliz parte de España, y no he entrado en un solo pueblo o ciudad sin notar que aquí hay pruebas abrumadoras del intento de una guerra de exterminio de los carlistas. Y sin embargo, ¿qué es lo que ha ocurrido?; Cataluña está evidentemente unida a la causa de Don Carlos, y las persecuciones, los sufrimientos y las privaciones no pueden borrar los sentimientos de veneración por su legítimo monarca.” En las orillas del Ebro había tenido ocasión de hablar con un viejo campesino, que le había dicho entre lágrimas. “Tres de mis hijos han sido asesinados. Mi hija fue violada por diez cristinos y luego asesinada; mi mujer ha muerto con el corazón roto. Yo estoy solo en el mundo, y mi última esperanza de subsistencia, mi cosecha, ha sido consumida por las tropas amigas y enemigas; y aun así, con la perspectiva de morir de hambre ante mí, yo nunca reconoceré a una como mi soberana.”⁵⁹

“Cataluña está llena de soldados procedentes de otras regiones -continúa la crónica-, pues las autoridades no se fían de sus habitantes. Es necesario fortificar los pueblos y crear una cadena de guarniciones para mantener el terreno en posesión de Doña Isabel. Es un hecho que donde no hay tropas los carlistas predominan. Los pueblos les proporcionan toda la información, y por tanto los cristinos no se atreven a moverse sino en fuertes columnas aún en las carreteras principales.” Tras narrar las características y costumbres de los catalanes Gruneisen concluye:

¿Qué se puede entonces esperar de Cataluña? Lo mismo que de las provincias vascas, y por tanto la causa de Don Carlos debe inevitablemente triunfar: La guerra comenzó con unos pocos guerrilleros, y todos los días

⁵⁸ *The Morning Post*, 15-VIII-1837, p. 2.

⁵⁹ *Ibidem*.

desde entonces han incrementado su número y su fuerza. Hay cerca de novecientos mil habitantes en Cataluña, de los cuales una tercera parte vive en las ciudades, la gran mayoría de los cuales son conocidamente carlistas, pero están sometidos por la presencia de las guarniciones cristinas. La población rural, los dos tercios restantes, son abierta y declaradamente carlistas, actuando con energía para derrotar a los enemigos de su soberano. Estoy completamente convencido de que no hay fuerza capaz de someter este sentimiento, que es tan fuerte como la probada lealtad de los bravos habitantes de las provincias del Norte.⁶⁰

Tras pasar el Ebro Gruneisen se dirigió a Cantavieja, la capital de Cabrera, cuyo gobernador, O'Callahan, afirmaba descender de los reyes de Irlanda. Allí pudo ver una incesante actividad, y delante de él se fundieron varios morteros, estando previsto fabricar piezas de artillería de 8, 12 y 24.⁶¹

Tres días antes de publicar la dramática crónica sobre Cataluña fechada en Arnes, sin duda una de las mejores de Gruneisen, el *Morning Post*, que hacía más de veinte días que no recibía noticias de su corresponsal, recibió una misiva fechada el 20 de julio en Rubielos, cuartel Real de Don Carlos, en que daba cuenta de que por fin había logrado unirse a la expedición tras haberla perseguido durante más de dos meses. La jornada tuvo también su cruz, pues la mula que le servía de cabalgadura, completamente agotada se despeñó por un precipicio de al menos nueve metros. Gruneisen tuvo la suerte de caer a un torrente de donde varios soldados le pudieron recoger, aunque necesito la asistencia de un médico y escribió la crónica con grandes dolores. Un día más tarde, desde Mosqueruela, contaba que la expedición marchaba en cuatro columnas, y que él se había unido a la que encabezaban Don Carlos, el infante don Sebastián Gabriel y los generales Moreno y Cabrera. También afirmaba que se esperaba que de un momento a otro pudiera ser relevado el general Moreno por los fallos habidos durante la expedición, el mayor de los cuales era no haber marchado sobre Madrid después de la batalla de Barbastro, cuando en el camino había escasas tropas que pudieran impedir el triunfo de Don Carlos.⁶²

⁶⁰ *Ibidem*.

⁶¹ *The Morning Post*, 16-VIII-1837, p. 3. Aunque en el museo del Ejército se conservan varios cañones fundidos en Zubillaga, y algunos morteros fabricados en Cantavieja, nunca hemos llegado a ver una pieza de artillería de los calibres reseñados fundida en dicho lugar.

⁶² *The Morning Post*, 12-VIII-1837, p. 3. Crónica fechada en Mosqueruela el 21 de julio de 1837.

La acusación contra Moreno, al menos en este punto, parece que no podía ser más infundada, pues ya tras la batalla de Huesca se había opuesto a continuar la marcha por el alto Aragón: “cualquiera que abra en Europa una carta geográfica, y vea la marcha que proyectamos a Barbastro, preguntará asombrado si al frente de los expedicionarios carlistas hay un general o un cabo de escuadra.”⁶³ Pero más que este dato en sí lo que nos interesa constatar es que al día siguiente de entrar en contacto con los expedicionarios Gruneisen había podido percatarse de las disensiones que ya entonces afloraban en la expedición Real. Su incorporación a los expedicionarios no pasó inadvertida, pues en sus Recuerdos de la guerra carlista, el príncipe Lichnowsky cuenta que se produjo “la llegada de un corresponsal del *Morning Post*, M. Gruneisen.”⁶⁴

El 26 de agosto el *Morning Post* daba cuenta de la llegada de una nueva remesa de cartas de Gruneisen: “Hemos tenido la buena fortuna de recibir, por nuestro París express, una serie de las más interesantes cartas de nuestro corresponsal en el cuartel general del rey de España -desde el 24 hasta el 31 último- la buena fortuna, decimos, porque a pesar de no haber habido gasto ni esfuerzo que no hayamos hecho, ha llegado a ser lo más difícil obtener auténticas noticias de los movimientos de su Majestad desde que el teatro de sus operaciones se ha trasladado más allá del Ebro.” En su misiva de 25 de julio fechada en La Iglesuela Gruneisen comenta los temores de los carlistas de que la muerte de Guillermo IV pudiera dar lugar a una intervención más directa del Reino Unido, que no tardaría en ser seguida por Francia: “Yo, por mi parte, no puedo creerlo, escribe Gruneisen [...] Ahora debe ser obvio que el rey no es meramente el señor de las provincias vascas, sino que reina en los corazones de la gran mayoría de los españoles: Cataluña, Aragón, Valencia, Murcia, Andalucía, etc., son todas carlistas, y los cristinos retienen solo las ciudades por la presencia de sus tropas.” En su opinión, si aún no había entrado en Madrid se debía a la falta de fondos, pues había “cuarenta mil hombres organizados dispuestos a tomar las armas, pero no tenían fusiles.” De la falta de fondos conside-

⁶³ PIRALA, Antonio: *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*. Madrid, Mellado, 1868-1869, tomo IV, p. 93. Moreno hubiera querido entonces marchar a unirse con Cabrera. Sobre el desarrollo de las batallas de Huesca y Barbastro, además de las obras ya citadas, puede verse GUIRAO LARRAÑAGA, Ramón: *Batallas de Huesca y Barbastro 1837*. Madrid, Almena, 2022.

⁶⁴ LICHNOWSKY, Príncipe Félix. *Recuerdos de la guerra carlista (1837-1839)*. Madrid, Espasa-Calpe, 1942, p. 115.

raba en parte responsable Don Carlos, pues había dado tajantes órdenes contra el pillaje y todo se pagaba rigurosamente, con lo que el tesoro estaba exhausto, mientras que una contribución forzosa habría proporcionado grandes recursos. En cuanto a los rumores de que el general francés Clauzel pudiera hacerse cargo del mando del ejército isabelino no les daba gran importancia, pues se uniría a la larga lista de oficiales españoles “que habían fracasado en dominar a un pueblo valiente y leal en el intento de poner en el trono un virtuoso y legítimo monarca.”⁶⁵

La noche del 25 de julio, en La Iglesuela, Gruneisen fue recibido por Don Carlos, y al estar con él comprendió porque hablaban siempre tan bien de él sus partidarios. En la entrevista no hubo ninguna formalidad. Simplemente fue anunciado y acto seguido se encontró hablando con él. Tenía una evidente capacidad de atracción sobre todos cuantos estaban junto a él: “suave y afable en sus modales, es libre y franco en sus palabras, manteniendo su propia dignidad y sin desviarse nunca de los altos principios de rectitud con que había obrado desde que comenzó el conflicto.” Don Carlos le expresó su gratitud hacia el *Morning Post* por el apoyo que le había dado desde que comenzó el conflicto y le manifestó que haría todo cuanto estuviese en sus manos para facilitar su labor. Era consciente de las dificultades que habría que vencer para triunfar, y le manifestó que sus enemigos le podrían hacer perder la corona, pero nunca el honor. Frente a los rumores que como hemos visto invadían el campo carlista sobre un posible aumento de la intervención extranjera Don Carlos le hizo presente que no creía que la intervención fuera a ir más allá de lo que ya había hecho la Cuádruple Alianza, y que había fracasado en su objeto: “Debe observarse que yo tengo el pueblo de España a mi lado, porque de que otra forma podría haber resistido a grandes ejércitos, con pueblos fortificados, y los medios proporcionados por grandes contribuciones.” Para terminar, Don Carlos se disculpó por el mal estado de los caminos y añadió “la ruta hacia mi palacio de Madrid no es tan fácil como la ruta de Gloucester Lodge” (la casa en que se había alojado en Londres).⁶⁶

Según confesión propia, Gruneisen salió profundamente impresionado por la personalidad de Don Carlos:

⁶⁵ *The Morning Post*, 26-VIII-1837, p. 3.

⁶⁶ *Ibidem*.

No puedo evitar verme influido porque yo pensaba que era un buen marido, un padre amable, un amigo considerado, un hombre cuya conducta moral y honor personal son intachables. La humanidad de Don Carlos ha sido evidente en todas las batallas. Cuando se proponen medidas de severidad su constante respuesta es: 'Nosotros luchamos contra españoles, contra mis súbditos, que han sido engañados.' Yo no soy defensor de medidas duras, pero por lo que oído no tengo ninguna duda en afirmar que estos sentimientos humanitarios del rey han ido demasiado lejos, y que su causa se ha visto fuertemente perjudicada por su carácter benevolente. En Huesca los cristinos habrían sido completamente aniquilados si los carlistas hubieran continuado con la persecución, pero el rey dio órdenes al general Moreno de detener la efusión de sangre, y un cuerpo de ellos pudo escapar para atacar en Barbastro al monarca que les había salvado de la destrucción.

Don Carlos es sencillo y nada ostentoso en su estilo de vida. Se levanta temprano, y el mayor reproche que le hacen sus enemigos es que se entrega con regularidad a sus oraciones. Yo he quedado asombrado de encontrar tan pocos curas a su alrededor. No hay ningún monje ni fraile, y de hecho el confesor del rey, don Juan Echevarri (sic), puede ser considerado el único miembro de su corte eclesiástica. El rey come solo a la una en punto, y por las tardes, acompañado solo por tres o cuatro personas, da un paseo por los alrededores del pueblo. A su regreso concede audiencia a cualquier persona que tenga deseos de verle.⁶⁷

Después de ver al Pretendiente Gruneisen tuvo ocasión de entrevistarse con el infante don Sebastián, general en jefe del ejército carlista, de quien también sacó buena impresión. Como dato curioso cabe añadir que la breve nota que escribe de su encuentro acaba afirmando que al Infante "le desagradaba la presente inactividad, pero dijo que se preparaban enérgicas operaciones para los próximos días." La expedición llevaba ya tres días en La Iglesuela, donde aún estuvo otros seis, y la sensación de estar perdiendo el tiempo daba lugar a fricciones entre los expedicionarios.

En la tarde del 30 de julio los carlistas se vieron obligados a abandonar La Iglesuela ante la proximidad de las tropas enemigas, y pasaron a

⁶⁷ *Ibidem*. Esta narración del carácter de Don Carlos responde plenamente con la que solían dar los autores de la época, incluyen a los más relevantes del bando isabelino, que es cierto solían ridiculizar su carácter religioso. Para hacerse una idea más completa del mismo puede verse la excelente biografía de MORAL RONCAL, Antonio Manuel: *Carlos V de Borbón (1788-1855)*. Madrid, Actas, 1999.

Mirambel, trasladándose a las pocas horas a Horcajo, donde Don Carlos “fue recibido con el mismo entusiasmo que acompañaba su entrada en todos los lugares. Los cristinos habían dejado huellas de su bárbaro modo de hacer la guerra, con una bella iglesia incendiada y varias casas en el mismo estado, debido a la devoción de los habitantes por la causa de Don Carlos. Es, quizás, verdad que algunos pueblos del Alto Aragón no están bien dispuestos hacia los carlistas, pero en el Bajo Aragón y Valencia el sentimiento carlista es muy predominante.”

Cuanto más resido en este país más me impresiona que la masa de la población es profundamente carlista. [...] Don Carlos debe triunfar, de acuerdo con todas las probabilidades humanas. España no está realmente imbuida del espíritu de la democracia. La manía revolucionaria viene desde el exterior. Esta “presión del exterior” emana de un grupo de furibundos emigrados que por circunstancias fortuitas se han valido de la Reina Regente como instrumento [...] El país está enteramente con los carlistas y ningún lugar puede ser mantenido por los cristinos sin una fuerte guarnición. [...] Hay indudablemente mucho que hacer –mucho celo y trabajo deben ser desplegados, pero en cuanto al resultado de esta guerra civil no tengo la menor duda.⁶⁸

En la noche del 1 de agosto se produjo la incorporación de un nuevo súbdito británico a la expedición: el capitán Henningsen, que ya había tratado de hacerlo cuando los carlistas estaban en Solsona, pero había sido detenido por los franceses, y que llegó acompañado por el marqués de Pina, un joven oficial al servicio del zar. Henningsen había servido con Zumalacárregui, y en opinión de Gruneisen era “el primer escritor que había ilustrado al público británico sobre la condición real y las perspectivas de los carlistas”, a lo que añade: “la subsiguiente publicación del tour de Mr. Honan en las provincias vascas confirmó las declaraciones del capitán Henningsen sobre la fuerza de los partidarios de Don Carlos”, afirmación que merece la pena remarcar, pues incide en la figura de este olvidado corresponsal de guerra.⁶⁹

La noche siguiente, tras una azarosa marcha obligada por la proximidad de las tropas liberales, Gruneisen y Henningsen se vieron obligados

⁶⁸ *The Morning Post*, 28-VIII-1837, p. 3.

⁶⁹ *The Morning Post*, 28-VIII-1837, p. 3. Crónica fechada en Zurita el 2 de agosto.

a dormir sobre la paja en una sucia choza. Gruneisen estaba completamente agotado, pues no se había restablecido del todo de la caída de su mula, se veía sometido a un sol abrasador que nada tenía que ver con el de su tierra, y se veía incapaz de hacer frente a las constantes fatigas y privaciones de la marcha, hasta el punto de que había resuelto volver a Cantavieja a la mañana siguiente y descansar allí unos días antes de emprender el regreso a Francia, pero las noticias que recibieron al entrar en Mirambel le hicieron cambiar de opinión: un despacho interceptado del general Espartero al general Oráa informaba de que una nueva expedición, con 4.500 infantes y dos escuadrones de caballería, había pasado el Ebro y se encontraba a poco más de ciento cincuenta kilómetros de Madrid, motivo por el que Espartero había decidido abandonar la persecución de Don Carlos y pasar a proteger Madrid. Había además buenas noticias del desarrollo de la guerra tanto en Cataluña como en El Maestrazgo, y Gruneisen pensaba que incluso era posible que diferentes cortes reconocieran a Don Carlos, pues Henningsen le informó de que se había encontrado en la carreta de Francia con tres grandes de España: el duque de Medina Sidonia, el conde de Orgaz y el conde de Monasterio, enviados a San Petersburgo el primero; a Turín y Viena el segundo; y a la Haya y Berlín el último, para comunicar que Don Carlos había pasado el Ebro.⁷⁰

Un hecho ocurrido durante la estancia de la expedición en El Maestrazgo y al que Gruneisen da gran importancia es la creación de una Junta Suprema de Aragón, Valencia y Murcia, encabezada por un Grande de España (aunque él no lo dice se trataba del conde de Cirat) y cuya vicepresidencia recayó en el obispo de Orihuela, que se había presentado en el cuartel real hacía quince días.⁷¹

Hasta entonces todos los asuntos civiles y militares estaban en manos de Cabrera y, como las dos tareas eran incompatibles, existía mucha confusión. En todos sitios el sistema de orden y obediencia a las leyes es establecido tan pronto como la circunstancias lo permiten. Esto es princi-

⁷⁰ *The Morning Post*, 28-VIII-1837, p. 4. Crónica fechada en Mirambel el 4 de agosto. Gruneisen cita como dos aristócratas distintos al duque de Medina Sidonia y el marqués de Villafraña, cuando ambos títulos eran llevados por la misma persona.

⁷¹ Gruneisen comenta que había otros cinco miembros de la junta, todos ellos personas de influencia, y recoge que uno de ellos era el barón de Hervés, hijo del que había encabezado el alzamiento carlista de Morella en noviembre de 1833, y que caído en poder de los cristinos fue pasado por las armas, a quien da equivocadamente el título de “conde de St. Mitre”, cuando en realidad era conde de Samitier.

palmente debido a la intervención de Don Carlos, que está completamente lleno de deseos de establecer un buen gobierno, y que está dispuesto a dar a España instituciones, las instituciones que realmente necesita en las actuales condiciones. Es completamente erróneo atribuir a Don Carlos ningún apego a los principios del despotismo. Él está muy ansioso por preservar todas las instituciones locales y antiguas que la costumbre había hecho queridas a la población, y es imposible para ningún Monarca evidenciar más amor por la libertad de sus súbditos que Don Carlos. Como en su vida privada es absolutamente irreprochable, se le calumnia sobre sus principios políticos.⁷²

Gruneisen consideraba también que en el campo carlista había una persona apropiada para poder llevar la expedición a buen éxito, el teniente general conde de la Madeira, ayudante de campo del infante don Sebastián, pero que como era portugués su nombramiento era imposible por los prejuicios que los españoles tenían hacia los extranjeros. Y en sus reflexiones también se planteaba si era perjudicial o positivo que Don Carlos acompañase a la expedición. Por un lado, la posibilidad de cogerle prisionero hacía que los cristinos luchasen con mayor entusiasmo, su presencia suponía una fuente adicional de preocupación para los generales carlistas, que no podían actuar con tanta libertad como de otra forma lo habrían hecho, y además con él marchaban numerosas personas que no era útiles en el campo de batalla y dificultaban la marcha, pero por otro su presencia ayudaba a mantener la disciplina, y si hubiese permanecido en el Norte las fuerzas que se habían empleado para enviar una nueva expedición habrían tenido que permanecer en Estella para protegerle. A ello debía añadirse que Don Carlos había conseguido evitar los roces entre la expedición y Cabrera, a quien había dado libertad para actuar por su cuenta, y había organizado la guerra en Cataluña.⁷³

Aunque ya anteriormente había dado cuenta del carácter cruel de la guerra en El Maestrazgo, recogiendo que Cabrera había fusilado a cuarenta

⁷² *The Morning Post*, 28-VIII-1837, p. 3. Crónica fechada en Mirambel el 4 de agosto. En una crónica firmada en Monreal el 2 de septiembre, y publicada el 12 de octubre, Gruneisen añadiría que los liberales moderados estaban descontentos con los cambios en la forma de gobierno que habían tenido lugar en Madrid y que estarían encantados de que la guerra llegara a su fin, incluso con el triunfo de Don Carlos, “de quien se ha supuesto, es desconocimiento de sus verdaderas opiniones, que es absolutista. De todo lo que yo he podido aprender, España tendrá razones para regocijarse cuando su legítimo monarca esté en el trono de sus antepasados.”

⁷³ *Ibidem*.

nacionales como represalia del fusilamiento del canónigo Percivas, que había sido designado para mandar la división de Valencia y que fue hecho prisionero cuando había ido a visitar a su madre,⁷⁴ el 15 de agosto Gruneisen notificó que se había detenido al alcalde y el maestro de Miravete cuando iban a salir hacia el campo cristino con documentos para el enemigo, por lo que fueron detenidos, juzgados como traidores, y ejecutados.⁷⁵

“La marcha de la expedición presenta tan poca variedad de detalles desde mi primera comunicación [...] que me contento con poner la fecha y el nombre del pueblo desde el que escribo como el conjunto de las noticias dignas de ser enviadas —comienza Gruneisen su crónica del 18 de agosto. Las intenciones del general nunca se conocen hasta que suenan las trompetas para partir, y entonces emprendemos el camino, en medio de un escenario salvaje y desolado, durante cuatro o cinco horas. Luego viene la búsqueda del alojamiento, la búsqueda de la comida, y después de unas pocas horas de descanso, la misma farsa, si farsa puede ser llamada donde hay tanta privación, comienza de nuevo.” Aunque podía ser que se necesitase aguardar para recibir más municiones de Cantavieja, Gruneisen pensaba que la prudencia del general Moreno se debía a su devoción por Don Carlos, y pese a que unos días antes había escrito en sentido contrario, empezaba a considerar que la presencia del Pretendiente era un serio obstáculo para el éxito de los expedicionarios:

esta es una lealtad muy loable; pero solo prueba lo que se ha relacionado ampliamente: que hubiera sido mucho mejor si el rey se hubiera quedado en Estella, ya que el comandante ahora está lisiado en sus movimientos por el cuartel real, siendo invariablemente perseguido por el enemigo. Una cosa es cierta, que Don Carlos tiene una comitiva demasiado numerosa con él. La expedición debe ser un campamento, y no una Corte. Tenemos demasiados parásitos indolentes, que consumen las raciones, y que interrumpen el servicio militar con sus interminables intrigas. Estoy bastante seguro de que si Don Carlos hubiera tenido asesores en Estella que le hubieran señalado los males de observar la etiqueta española en una campaña, por muy apegado que esté el respetado Monarca a las formas y ceremonias, hubiera prescindido de buena gana de la asistencia de casi la totalidad de los haraganes que ahora lo rodean. [...] Con la mejor disposición del mundo el monarca es a veces engañado, porque los espa-

⁷⁴ *The Morning Post*, 25-IX-1837, crónica fechada en Camarillas el 14 de agosto.

⁷⁵ *The Morning Post*, 16-IX-1836, crónica fecha en Las Cuevas de Almadén el 15 de agosto.

ñoles están temerosos muchas veces de hablar con libertad. El retraso en las operaciones ha renovado los viejos gritos contra el general Moreno, y está lejos de ser popular en el ejército. No puedo estar ciego a sus faltas; pero nadie me responde satisfactoriamente a la pregunta que hago, cuando pregunto ¿quién puede ser nombrado como su sucesor? Me parece, en general, que Moreno está jugando un juego seguro, aunque lento. [...] Todavía mantengo la convicción de que la expedición entrará en Madrid antes de que termine esta campaña.⁷⁶

Aunque acabe con un tibio apoyo al general Moreno, lo cierto es que se trata de una crónica muy dura con respecto al entorno de Don Carlos, muy distinta en su tono de las que Gruneisen había redactado hasta entonces, lo que prueba tanto las disensiones que había dentro del ejército como la permeabilidad del periodista al ambiente.⁷⁷

El 23 de agosto, desde Villar de los Navarros, Gruneisen anunciaba que la presencia de numerosas tropas cristinas hacía difícil pensar que se pudiera abandonar Aragón sin combatir, y que se encontraban entre dos columnas enemigas, lo que requería toda la habilidad de Moreno para marchar y contramarchar si se quería evitar un encuentro. En cualquier caso el ejército estaba animado para el combate y con el firme propósito de obtener una victoria decisiva. Gruneisen estaba convencido de que los movimientos se estaban efectuando con habilidad y prudencia: “Moreno puede tener todos los fallos de indecisión y falta de juicio que se le atribuyen en el campo de batalla, pero como táctico es admirable.”⁷⁸

Aunque en diversas ocasiones había hablado de las batallas habidas durante la expedición real, no fue hasta el 25 de agosto, en Villar de los Navarros, cuando Gruneisen tuvo ocasión de asistir a una de ellas personalmente. La situación de los carlistas era muy delicada, pues como Gruneisen había informado en su crónica anterior la expedición se encontraba entre dos columnas militares cuya acción combinada podría aniquilarla.

⁷⁶ *The Morning Post*, 27-IX-1837, p. 3. Crónica fechada en Ejulbe (sic) el 18 de agosto.

⁷⁷ En sus crónicas de los días 19 y 20 de agosto Gruneisen da cuenta de la llegada al cuartel real de dos miembros de la junta de Cataluña que habían ido a solicitar que se dejasen en el Principado los rezagados de la expedición que estaban dando tan buen juego para el avance de las tropas carlistas, petición que no pudo ser atendida por la escasez numérica de las fuerzas expedicionarias. *The Morning Post*, 27-IX-1837, p. 3.

⁷⁸ *The Morning Post*, 27-IX-1837, p. 3.

Por suerte para los carlistas la captura de un espía liberal, que fue fusilado, les permitió saber con anterioridad los movimientos del enemigo, decidiéndose presentar batalla a la columna encabezada por el general Buerens. La artillería recibida días antes desde Cantavieja jugó un importante papel psicológico en el combate, pues los isabelinos pensaban que sus enemigos carecían de ella. Rechazados todos sus ataques, Buerens trató de hacerse fuerte en Herrera, a más de dos leguas del campo de batalla, pero pronto se vieron obligados a capitular los más de 400 hombres que se habían refugiado en la iglesia. La persecución se detuvo porque había llegado la noche, sin lo cual Gruneisen pensaba que no habría escapado una sola compañía del centro enemigo. “La verdad, sin embargo, debe decirse. Era imposible conseguir que nuestros hombres marchasen cuando comenzaba el pillaje. Para mí la escena era ciertamente extraña, pero eso era por lo poco que había visto.”

Más de dos mil prisioneros, cuatro mil fusiles y dos piezas de artillería quedaron en poder de los carlistas. Para Gruneisen las bajas fueron sorprendentemente escasas, pues vio muy pocos cadáveres legitimistas en el campo de batalla, y también pocos heridos, si bien consideraba que la cifra oficial de 150 hombres fuera de combate podía aumentarse unos cien más. En la villa de Herrera y en su entrada había bastantes cadáveres, y en una primera ojeada Gruneisen los cifró en algo más de ochenta, y pensaba que el total podía haber sido de doscientos, con unos quinientos heridos más.

Lo más repugnante para mí fue contemplar la manera en que habían sido desnudados los muertos, los heridos y los prisioneros. De los cerca de mil prisioneros que vi marchando la mayoría estaban casi desnudos. A algunos les habían dejado solo en camisa, otros solo tenían los pantalones, y eran muy pocos los que retenían una parte de su vestimenta original. La celeridad con la que los carlistas cambiaban sus desgastadas sandalias, camisas harapientas y ropas raídas por las mejores vestiduras de los cristinos era en algunas ocasiones muy divertida. Los prisioneros fueron por lo demás bien tratados [...] Yo había oído tanto de las crueldades de los carlistas que estaba hasta cierto punto preparado para contemplar algunos episodios que podrían desacreditar a la humanidad. Fue todo lo contrario, y escribo con confianza, ya que hice especiales esfuerzos para mezclarme entre la infantería y así poder observar sus acciones.⁷⁹

⁷⁹ *The Morning Post*, 20-IX-1837, p. 3, crónica firmada en Herrera el 25 de agosto.

Cuando treinta y siete años después de estos hechos Gruneisen procedió a evocarlos en su conferencia en Hertford la narración fue algo distinta, pues cuando recoge que se dio una condecoración a los oficiales que se distinguieron en la batalla, añade:

Quizá se me permita mencionar que tengo el honor de llevar la cruz, no como combatiente, sino por haber evitado la masacre de algunos de los prisioneros cristinos después de la batalla por los enfurecidos vencedores carlistas, que yo detuve con cierto riesgo personal, estando desarmado, y teniendo que utilizar un palo con bastante libertad [...] Don Carlos, al oír lo que había hecho, estuvo encantado de mi interferencia con sus soldados y añadió que yo era tan merecedor de la cruz por mi humanidad como sus oficiales por su valor.⁸⁰

En la mañana del día 25 el brigadier isabelino Solano fue encontrado oculto en un establo y Gruneisen tuvo ocasión de visitarle y mantener una larga conversación con él. Al parecer había aconsejado a Buerens que no presentara batalla y esperara a Oráa, pero este no le había hecho caso. Había sido muy mal tratado por los campesinos que le habían descubierto, que no solo le habían despojado de todo lo que llevaba sino que además estuvieron a punto de cortarle un dedo para quitarle un anillo que no le conseguían sacar.

Don Carlos, que recibió a Moreno para darle públicamente las gracias por la victoria, dio instrucciones para que se admitieran inmediatamente a su servicio a todos los prisioneros que lo solicitaran, lo que hicieron unos setecientos, que fueron distribuidos entre los otros batallones. “Nuestras esperanzas de entrar en Madrid (donde hemos tenido noticias de que ha habido una insurrección militar y ha cambiado el ministerio) antes del fin de la campaña se han incrementado hasta ser casi una certeza. Ayer fue, ciertamente, un día glorioso para las armas de Don Carlos”, terminaba la crónica de Gruneisen.⁸¹ Unos días más tarde, al terminar de comentar la

⁸⁰ GRUNEISEN: *Sketches*, p. 19.

⁸¹ Gruneisen mandó también a su periódico una crónica redactada por el barón de Rahden, por aquel entonces al frente de los ingenieros carlistas, que coincidía esencialmente con la suya, y que completó con algunos datos sobre diversos oficiales extranjeros que intervinieron en la batalla, entre los que cabe destacar a Henningsen, que participó en varias cargas y estuvo a punto de recibir un balazo de un oficial cristino que había levantado su pistola contra él, pero al que atravesó al cuello antes de que pudiera dispararle. Tanto en la crónica de Rahden, como en la que el propio Gruneisen firmó el día 28 en Villar de los Navarros, el número de prisioneros que se unen a la expedición se eleva hasta mil.

batalla, Gruneisen insistía en que el triunfo de Don Carlos aseguraría la paz en España con las instituciones que requería en su estado actual: “Creo firmemente que los españoles disfrutaran de una libertad más sensata bajo su autoridad que bajo un gobierno democrático.”⁸²

Gruneisen tuvo interés en hablar con los prisioneros cristinos para que le informasen del trato que habían recibido, para lo cual pidió que se alejasen los guardias que los vigilaban: “Ninguno de ellos me expuso una queja. [...] Todos los heridos prisioneros estaban muy agradecidos por el trato que se les dispensaba. Hasta aquí la crueldad carlista. Había cerca de cuatrocientos heridos y estaban completamente contentos con la conducta de sus enemigos.”

Según sus informes se había enviado unos parlamentarios al general Oráa con el propósito de proceder a un inmediato intercambio de prisioneros, propuesta que se mostró dispuesto a aceptar, así como a permitir que se fijasen lugares neutrales para fijar hospitales, lo que hubiese supuesto aplicar en el Maestrazgo medidas similares a las del Convenio Eliot que regía en el Norte.⁸³ Desgraciadamente esto no fue así, y las privaciones que hubieron de pasar posteriormente los prisioneros de Herrera en los depósitos carlistas fueron ampliamente recogidas por los historiadores de la época.

A partir de aquí las crónicas de Gruneisen van refiriendo el tránsito por los pueblos que hace la expedición, cuya dinámica de marcha merece la pena recoger:

En media hora las mulas están cargadas con su bagaje, munición, etc., y estando ya en marcha la vanguardia, se ve al rey avanzar vestido de paisano, quitándose en todo momento el sombrero y sonriendo ante los entusiastas saludos de sus súbditos. No hay una regulación precisa del orden de marcha excepto la disposición de los batallones. Nada puede ser más pintoresco para el espectador que la larga columna serpenteando su camino en la subida o la bajada de una montaña. Hay gran variedad de indumentarias, desde el simple campesino al elegante caballero. [...] los miserables pasos de las montañas exigen la máxima atención para evitar las posibilidades de despeñarse. A la llegada al pueblo donde descansar para

⁸² *The Morning Post*, 20-IX-1837, p. 2. Crónica fechada en Villar de los Navarros el 28 de agosto.

⁸³ *The Morning Post*, 10-X-1837, p. 3. Crónica fechada en Fuennueva el 30 de agosto.

pasar la noche, la búsqueda de alojamientos es espantosa, y feliz eres de encontrarte encerrado bajo un techo, por miserable que sea el alojamiento. Una cama es un lujo que rara vez se encuentra. Si está en posesión de un colchón de paja, es un paraíso perfecto para la noche: y en cuanto a las provisiones, las raciones nunca se reparten por las noches, y rara vez lo son durante el día.⁸⁴

El 8 de septiembre, en Campillo de Altobuey, un universal grito de júbilo se extiende entre los expedicionarios cuando se decide tomar el camino de Madrid. El 9 se les unió Cabrera, al frente de 6.000 hombres de infantería y 600 de caballería, si bien estos últimos no podían utilizarse para hacer frente a la mejor instruida caballería liberal. Las recepciones en los pueblos eran entusiastas: “No puede pretenderse por más tiempo que la lealtad de la nación española está limitada a las provincias del norte.”⁸⁵

El 12 de septiembre, desde Arganda, Gruneisen firma una crónica breve, pero extremadamente interesante. La población les recibió en pleno con gritos de “¡Viva el Rey!” y “¡Muera la Reina!” y las tropas de Cabrera derrotaron en Vallecas a una columna de caballería enemiga, haciendo prisionero a su coronel, y llevando la persecución hasta las puertas de Madrid. Pero Moreno no contemplaba entrar en la capital, “porque él no creía prudente entrar en Madrid antes de que hubiéramos derrotado a las tropas de Espartero. El camino elegido puede que fuera prudente, pero esto no significa que fuera satisfactorio.” El sentimiento general de los expedicionarios era de exasperación: “Se piensa que si la expedición hubiera entrado en Madrid la división de Espartero no se hubiera resistido más a la autoridad del Rey. Está fuera de toda cuestión que el futuro de la causa está virtualmente ganado. Llevaremos la guerra a poca distancia de Madrid y no queda sino corta existencia a la Reina Regente.”

Hasta aquí lo que cuenta Gruneisen en sus crónicas sobre la llegada de la expedición a Madrid. Sin embargo, el relato que ofreció en su diser-

⁸⁴ *The Morning Post*, 28-VIII-1837, p. 3. Crónica fechada en Zurita el 2 de agosto.

⁸⁵ *The Morning Post*, 9-X-1837, p. 3. Crónicas fechadas en Alba, Orihuela, Frías, Salvacañete, Caranete (Cardenete), Campillo de Altobuey, Buenache, Villar de Cañas y Tarancón entre el 2 y el 10 de septiembre. Antes de partir de Cardenete, el 7 de junio, se fusiló por tratar de desertar a dos soldados de los se habían pasado de las filas de la reina tras la batalla de Villar de los Navarros.

tación de 1874 fue mucho más amplio y colorido: “Antes de que llegáramos a la ciudad [Arganda], habiéndose oído los vivas de la tropa al contemplar la capital, Don Carlos me llamó a su lado: ‘Ahí esta Madrid’ dijo el infortunado príncipe con lágrimas en los ojos. Desde que dejó su palacio cuatro años antes había experimentado privaciones y sufrimientos, penas familiares y desilusión. Había buscado pan, había dormido sobre rocas con sus soldados. Había escapado milagrosamente de caer prisionero.” En principio podría parecer que, años después, Gruneisen quería adornar la historia, dándose además un protagonismo que no tuvo. Pero hay un dato curioso que hace que no podamos afirmarlo, y es su afirmación de que antes de llegar a Arganda hubo un momento en que se vislumbró Madrid y esto dio lugar a un grito de júbilo en las tropas. Ese dato, que no cita en su crónica y sí en su conferencia, aparece sin embargo en el relato de la expedición efectuado por José Antonio de Sacanell, gentilhombre de Don Carlos, relato que ha permanecido inédito hasta que lo publiqué en 1986.⁸⁶

Mientras que en 1837 Gruneisen no habla de que hizo el 12 de septiembre, si lo hizo en Hertford, donde cuenta que acompañó al infante don Sebastián y los oficiales de su estado mayor que se desplazaron con él hasta Vallecas, lo que es bastante verosímil, pues entre quienes nos consta que lo hicieron estaban el príncipe Lichnowsky y el barón de Rahden, que eran buenos amigos suyos, y a quienes sabemos se agregó en varias ocasiones.

Recuerdo al Infante Don Sebastián volviéndose hacia mí, y mirando al Prado a través de su catalejo; me señaló a la Reina Regente Cristina marchando allí con algunos batallones de infantería y dijo “¡Demonios! ¡Como ha engordado mi prima!” Regrese a Arganda con el estado mayor del Infante, y me retire a descansar con la convicción de que la próxima noche yo dormiría en Madrid en el palacio del Duque del Infantado, habiendo sido invitado por su hijo natural, señor Don Toledo, a residir con él allí, y él me señaló el edificio cuando estábamos cerca de la puerta de Atocha. Fui despertado en medio de la noche por mi sirviente, que me llamaba para unirme al ejército, que estaba preparado para marchar. Cuando me levante pensaba que iba a haber un avance nocturno sobre Madrid, y

⁸⁶ BULLÓN DE MENDOZA: *Auge y ocaso de Don Carlos*, p. 147: “Al llegar a un altito que descubre mucho terreno, un grito tremendo al par que alegre resonó por aquellos aires y por nuestros oídos. ¡Madrid!, fue el grito y palabra que se pronunciaba y repetía por miles de bocas.”

quedé atónito al ver que las tropas desfilaban alejándose de Madrid. Fui a la casa donde estaba alojado don Carlos, para ocupar mi puesto usual con su séquito, pero encontré que había salido hacia algún tiempo. El general Cabrera estaba enfrente de la casa con su infantería, y me dirigí a él preguntándole “¿qué significa este movimiento retrógrado?” Sus ojos echaban fuego, y tan sólo respondió tres veces un juramento español que no es para ser mencionado a orejas educadas. Vi que no estaba de humor para hablar y cabalgué rápidamente para unirme al rey. En mi camino fui detenido por el infante don Sebastián, que me explico que un consejo de guerra había decidido que no sería prudente entrar en la capital, porque los voluntarios y los realistas habrían cometido una matanza; y Espartero estaba en Alcalá de Henares con un gran ejército, fuerte en caballería y artillería, de las cuales éramos deficientes. “La partida, Alteza”, remarque amargamente, “la partida ha terminado, todo se ha perdido”. “¡Ah!”, replico el Infante, “usted siempre ve la cara negra de todo”. Yo replique: “cuando un rey marcha sobre su capital, y se retira de allí sin una batalla, su causa carece de esperanza.”⁸⁷

El 13, desde Mondéjar, Gruneisen informaba que Espartero había llegado a Alcalá de Henares. También daba cuenta del malestar existente entre las tropas por no haber atacado Madrid: “Jamás hubo un ejército más dispuesto a luchar que el carlista para entrar en la capital.” El 14, desde Chiloeches, comunicaba que 18 pueblos de Cuenca (sic) se habían alzado a favor de Don Carlos y se les habían unido centenares de voluntarios. El 17 acompañó al barón de Kelch, un oficial prusiano de artillería de la guardia, en un reconocimiento sobre Guadalajara en que estuvieron a punto de ser hechos prisioneros por los cristinos. El 18 se unió al barón de los Valles para contemplar el avance de las tropas de Espartero desde Alcalá de Henares.⁸⁸

A las nueve de la noche del 19 la expedición emprendió una marcha nocturna hacia Alcalá de Henares, con el propósito de sorprender a Espartero, pero un lancero que había sido enviado para reconocer el terreno fue descubierto por un centinela, que dio la voz de alarma, por lo que se

⁸⁷ GRUNEISEN: *Sketches*, p. 22.

⁸⁸ *The Morning Post*, 12-X-1837, pp. 2 y 3. Crónicas firmadas el 13 de septiembre en Mondéjar, el 16 y el 17 en Chiloeches y el 18 en Aranzueque. En *Sketches*, p. 24, daría también cuenta de esta llegada de voluntarios de los pueblos próximos, pero añadiendo que “fueron una carga, porque estaban muy mal armados y desorganizados.”

optó por emprender la retirada, iniciándose la persecución por parte del enemigo, cuya caballería cargó a las nueve de la mañana contra la de Cabrera, que fue incapaz de mantener el lance, no experimentándose mayores males gracias a la intervención de la caballería expedicionaria. Una breve parada en Aranzueque concluyó a las 11 con la llegada del enemigo, que entró por un extremo del pueblo al mismo tiempo que los carlistas lo hacían por el otro. La retirada hacia los montes que circundaban la población fue hostilizada por la artillería cristina, y por la tarde los restos de la expedición entraron en Horche, separándose durante la jornada las tropas de Cabrera, que habían cubierto la retirada.

Pese a recalcar que la retirada se había efectuado en el más perfecto orden, Gruneisen añade que a partir de aquí hubo un inmediato cambio en las operaciones, pues las fuerzas enemigas eran muy superiores en número. Sin embargo, seguía mostrándose optimista respecto al resultado último de las operaciones: “no hay nada que nos haga desanimarnos. La caballería del enemigo es ciertamente demasiado para nosotros, y tal vez podamos demorarnos en entrar en Madrid aun cuando nos hayamos unidos con Zaratiegui. [...] De todos modos pienso que la causa de Don Carlos está a salvo, aunque las cosas no avanzan con la rapidez que deseáramos. Moreno es un excelente estratega, pero le falta diablura. De haber tenido el brío y el ardor de Villarreal, Moreno sería un gran General, pero es un dirigente lento aunque seguro.”⁸⁹

El periodo más desconocido de los días que Gruneisen permanece con la expedición Real es el que transcurre entre los días 21 de septiembre y 1 de octubre, pues en *The Morning Post* no se publica ninguna crónica de estas fechas, sin duda porque el correo que las llevaba debió ser interceptado por los cristinos. Aparte de las penurias de la marcha, creemos que lo más importante que pudo reseñar en estos días es la detención de tres oficiales ingleses que se dirigían en diligencia a Madrid y la unión con la expedición de Zaratiegui en Aranda de Duero. El episodio de los oficiales británicos es recogido en numerosas fuentes y también en los *Sketches* de

⁸⁹ *The Morning Post*, 12-X-1837, p. 3. Crónica firmada en Horche el 19 de septiembre. Al día siguiente añadiría, desde Brihuega, donde Don Carlos fue recibido con gran entusiasmo, que la pérdida experimentada en Aranzueque pudo ser de unos 150 hombres, y el 21 incidiría en que fue menor y que se les unían desertores del ejército enemigo.

Gruneisen que relata que tuvo ocasión de hablar con ellos y que estaban temerosos de que se les pudiera fusilar en virtud del decreto de Durango. Según su relato, Gruneisen fue a ver a Don Carlos pero éste le manifestó que el decreto de Durango no era aplicable al ejército regular británico sino tan solo a los mercenarios que habían ido voluntariamente a combatir a España, por lo que fueron puestos en libertad.⁹⁰

La unión con la expedición de Zaratiegui fue sin duda un hecho de primera importancia para la columna encabezada por el Pretendiente, pues sin su ayuda es posible que no se hubiera podido salvar de la persecución de sus enemigos. El encuentro tuvo lugar en Aranda de Duero el 28 de septiembre y la primera noticia que se tuvo de su proximidad fue el sonido del combate que se entabló en dicho punto entre las fuerzas de Zaratiegui y la columna cristina del general Lorenzo que había tratado de ocupar la población para impedir el paso del río por las tropas de Don Carlos, pero que tuvo que retirarse sin poder cumplir su objetivo. En su crónica de 2 de octubre, la primera que tras este periodo se publica en *The Morning Post*, Gruneisen cuenta que había informado de este acontecimiento en su carta del día anterior, y de cómo había mejorado la situación de las tropas gracias a los suministros que les había proporcionado la Junta de Castilla, especialmente de zapatos. Allí se capturó a dos espías enemigos que no fueron fusilados por haberse llegado a la conclusión de que habían actuado bajo amenaza de Espartero de fusilar a sus mujeres e hijos si no le llevaban información de donde estaba Don Carlos: “Digan a Espartero que si desea saber dónde estoy, estoy en Covarrubias esperándole”, fue la respuesta que pidió el Pretendiente que le transmitieran.⁹¹

El 4 de octubre, en Carazo, Gruneisen tuvo ocasión de hablar con Don Carlos, que le pregunto su opinión sobre la retirada:

⁹⁰ GRUNEISEN: *Sketches*, pp. 19-20. Estos acontecimientos fueron recogidos en *The Morning Post* del 21 de octubre, donde se publica el comunicado oficial carlista sobre el tema, firmado el 8 de octubre por Arias Teijeiro en el Real de Covarrubias. En este comunicado se dice que los detenidos eran el coronel de artillería Lacy, adjunto a la embajada británica, el teniente de artillería W.W. Crofton, y el capitán de ingenieros Williams Montgomery, que se comprometieron por escrito a no tomar las armas contra Don Carlos. Según GRUNEISEN: *Sketches*, p. 24. En Covarrubias se le hizo a Don Carlos una propuesta por un agente de unas importantes firmas bancarias de Londres y París de proporcionarle fondos a cambio de reconocer los créditos contraídos por el gobierno isabelino. “Los consejeros de Don Carlos declinaron tontamente la oferta.”

⁹¹ *The Morning Post*, 30-X-1837, p. 3. Carta firmada en Covarrubias el 2-X-1837.

No pude dejar de confesar francamente que pensaba que se habían cometido muchos errores y que en esos momentos yo debería estar en Madrid con el rey. Su Majestad comentó que había muchas dificultades que vencer y que él era el más ansioso por conseguir la rápida terminación de la guerra, pero que suponía que todos debíamos tener paciencia. No pude resistirme a responderle que Su Majestad había mostrado demasiado de esa virtud con sus generales. El rey se rió y dijo: "¿Qué puedo hacer?" Esto termino la conversación. -no hay un Zumalacárregui.⁹²

Esa misma mañana tuvo lugar la llegada a Retuerta del general Sanz, que tras la retirada de Aranzueque había quedado incorporado a las tropas de Cabrera, de las que se había separado posteriormente para tratar de unirse a la expedición al frente de unos 800 hombres. Por ellos se supo que los cristinos, "con su crueldad característica", habían fusilado a las puertas de Cuenca a todos los oficiales de Cabrera que habían caído en su poder, en número de 27, lo que justificaron como una venganza por la muerte del coronel isabelino hecho prisionero en Madrid, asesinado por un par de sus soldados fuera por no haber podido seguir las marchas y contramarchas, fuera porque había tratado de escapar. Gruneisen no dudaba de que Cabrera seguiría el ejemplo, puesto que los cristinos estaban decididos a no dar cuartel a sus tropas.

Tras la batalla de Retuerta, de la que no da la impresión de haber sido testigo presencial (puede que permaneciera con el cuartel Real), Gruneisen cuenta que él y Henningsen estuvieron el 7 de octubre en peligro de caer en manos del enemigo, pues se habían retrasado para buscar comida. En este contexto se situaría la anécdota que recoge Gruneisen de que en un momento en que se hizo un alto para que Don Carlos comiese algo de pan y unas cebollas, al ver que le miraba con cara de hambre el Pretendiente le ofreció compartir su comida: "Yo acepte dándole las gracias, por lo cual fui reprobado después por algunos de los Grandes, porque la costumbre en España es ofrecer todo a los huéspedes, los cuales, sin embargo, se espera que no lo acepten. Mi defensa fue que cuando un rey ofrece algo, es una orden. Se lo dijeron a Don Carlos, que contestó riéndose: 'Ah, M. Gruneisen, usted es mejor cortesano que los míos.'"

⁹² *The Morning Post*, 30-X-1837, p. 3. Crónica firmada en Carazo el 4-X-1837.

El 9 redactó su crónica en Castro Ceniza, dando cuenta del gran número de insectos que atacaba a los expedicionarios y quejándose de que “los peores enemigos para la terminación de la guerra se encuentran en la Corte y el campo de Don Carlos”, tema en el que no se extiende más por la inminente salida del correo, aunque aún le da tiempo a anunciar que Don Carlos asumiría personalmente el mando del ejército, dividiéndose las tropas en dos columnas, una encabezada por el Pretendiente y González Moreno, compuesta por las tropas castellanas y aragonesas, y otra por el infante Don Sebastián Gabriel y Zaratiegui en la que marcharían las tropas vascas.⁹³

Tal y como solía ocurrir, Gruneisen tuvo aún tiempo de incorporar una misiva más al correo, la fechada en Huerta del Rey en 12 de octubre, que resultó ser la última que envió desde el cuartel real. En ella incide en que las diferencias entre el partido castellano y los navarros eran las que habían dado lugar a que el ejército se dividiera en dos columnas, y hace un balance positivo de la expedición, pues aprovechando que numerosas tropas cristinas habían ido tras él los carlistas del Norte se habían apoderado de diversos puntos, y durante su paso por Cataluña había regularizado la guerra en el Principado: “todo lo que se puede decir de esta campaña es que ha sido triunfal, salvo en lo que respecta a la entrada en Madrid.” Su visión del futuro era optimista, pues las dos expediciones se habían reorganizado y disponían de 14.000 hombres preparados para la acción, que pensaban mantenerse sin cruzar el Ebro. Por otra parte, Moreno, aunque había cometido fallos, no había comprometido la causa, y dudaba que ningún otro general de Don Carlos lo hubiera hecho mejor, mientras que el Infante, que siempre se había quejado de no tener un mando más que nominal, podría tenerlo a hora con Zaratiegui como mentor. Eso sí, pensaba que un nuevo intento sobre Madrid era imposible antes de la próxima primavera.⁹⁴

A esas alturas Gruneisen se hallaba completamente agotado y decidió regresar a Bayona para restablecerse, en lo que también influyó que no sabía si sus crónicas habían llegado al *Morning Post* y que unido a unas tropas errantes no tenía forma de recibir fondos de su banquero de Ba-

⁹³ *Ibidem*, crónica firmada en Castro Ceniza el 9-X-1837.

⁹⁴ *The Morning Post*, 30-X-1837. Crónica firmada en Huerta del Rey el 12 de octubre.

yona. A él se unieron el vizconde de Pina, un oficial legitimista francés, y Henningsen, que había fracasado en su intento de que Don Carlos derogase el decreto de Durango y había sido incapaz de enviar sus cartas al Times, tal y como había prometido a O'Reilly, corresponsal del periódico en París. Arias Teijeiro, ministro de Estado de Don Carlos iba a enviar un correo a Bayona, y decidió unirse a ellos con su criado. Su primera preocupación fue encontrar un guía que les ayudara a pasar el Ebro, férreamente custodiado por la milicia nacional y los cuerpos francos de las ciudades y pueblos de las orillas. Finalmente hubo un par de contrabandistas que aceptaron la tarea a cambio de una propina de siete onzas de oro, lo que era la mejor prueba de lo peligrosa que se estimaba la empresa.

Antes de partir se despidió de Don Carlos, quien le dio las gracias por haber acompañado a la expedición en sus sufrimientos y vicisitudes y le otorgó la cruz de Carlos III. Don Carlos le mostró su preocupación por la imagen que se pudiera tener de él en Inglaterra y le pidió aclarase que no tenía intención de restaurar la Inquisición. Tras estrecharle la mano, Gruneisen se dispuso a abandonar la habitación, pero de repente se detuvo:

-“¿Tiene usted algo más que decir? ¿Algo que pueda hacer por usted?”

-“No Majestad, replique, pero hay una palabra en el diccionario español que me gustaría quitar para el buen éxito de vuestra causa.”

-“¿Qué es lo que quiere decir?”, pregunto el rey.

-“Hablo de la palabra mañana, porque vuestros servidores siempre posponen hasta mañana lo que deberían hacer hoy.”

-Rió de corazón y le dejó.⁹⁵

Gruneisen y sus acompañantes abandonaron la expedición en Molinos de Duero el 17 de octubre y durmieron aquella noche en Vinuesa.⁹⁶

⁹⁵ GRUNEISEN, *Sketches*, p. 27-28. Aunque no cuenta su contenido Gruneisen relata que se despidió de Don Carlos el 17 de octubre en su crónica resumen de todo lo acontecido desde entonces firmada en Logroño el 11-XI-1837 y publicada en *The Morning Post*, el 23-1-1838, p. 3.

⁹⁶ Según GRUNEISEN: *Sketches*, p. 29 abandonaron la expedición en Molina, pero sin duda se trata de un error. A lo largo de esta parte de la narración hay numerosos fallos en la denominación de los pueblos, aunque por lo general son fácilmente reconocibles.

Iban disfrazados de contrabandistas para tratar de pasar desapercibidos: “pues estábamos entrando en la zona más cristina de España, a saber, los Pinares de Soria y la provincia de Logroño.” El 18 marcharon de día y de noche y media hora antes de amanecer se detuvieron a descansar en un bosque de pinos a media legua de Zarzosa. Todos iban en mulas menos Gruneisen que montaba el mismo caballo que llevaba desde la batalla de Villar de los Navarros. Hacía mucho frío y niebla por lo que encendieron un fuego para calentarse y dormir, lo que posiblemente les delató a un grupo de nacionales ante cuya proximidad emprendieron una precipitada huida en que Gruneisen se vio separado del resto del grupo, no tardando en ser hecho prisionero: “Yo nunca había tenido el menor temor de caer en manos de las tropas de línea del Gobierno pues siempre imaginé que cuando se explicara la naturaleza de mi ocupación lo peor que podría sucederme era una corta detención. Pero la cuestión era diferente con los Nacionales, formados por los habitantes de los pueblos que raramente daban cuartel y que en realidad no eran más que un cuerpo de filibusteros con licencia.” Gruneisen enseñó al oficial al mando su pasaporte visado por las autoridades francesas y cristinas para pasar a San Sebastián y dijo que era súbdito británico y deseaba hablar con el general Espartero. Aunque sus hombres murmuraban que había que fusilarle de inmediato el oficial logró imponerse y se le condujo a Zarzosa para esperar órdenes.

En Zarzosa fue alojado en casa del alcalde que le recibió hospitalariamente, y por allí desfilaron para verle todos los habitantes del pueblo: “como si fuera una bestia salvaje del bosque –no tenían comprensión hacia el estatus de un corresponsal de un periódico de Londres.” Cuando estaba descansando se presentó el comandante de los cuerpos francos, residente en Munilla, llamado Antonio Miguel: “una criatura del demasiado bien conocido Martín Barea, de Logroño,” que le vació los bolsillos, robándole el reloj y el dinero que llevaba, y ordenando a sus hombres que le quitaran su abrigo, chaleco y provisiones, con lo que conservó tan solo su camisa y pantalones. Luego le acusó de ser un espía. Gruneisen le explicó que era un corresponsal del Morning Post y que su única misión era enviar noticias a su periódico, y pidió que se le llevara ante los generales Lorenzo o Espartero, pero no logró convencerle: “Antonio me respondió con los más horribles juramentos que él decidiría mi caso, y me dio un cuarto de hora

para ser fusilado." Fue en ese momento cuando se le preguntó si quería confesarse, a lo que respondió lo que ya sabemos.

Gruneisen estuvo así a punto de convertirse en el primer corresponsal fallecido a consecuencia de la guerra: "Buen Dios –me dije a mi mismo– voy a morir como un perro por un periódico después de todo lo que he pasado por él." La intervención a su favor del cura y el alcalde hicieron que Antonio Miguel desistiera de su propósito y accediese a llevarle hasta Munilla para decidir sobre el caso, viaje que Gruneisen tuvo que hacer a pie pues uno de los nacionales había robado su caballo. Por el camino Antonio Miguel pensó que Gruneisen podía llevar dinero oculto en la camisa y se acercó para ordenarle que se desnudara lo que el periodista aprovechó para saltar a su cuello y amenazar con precipitarle por un barranco: "Como todos los fanfarrones el coronel en el fondo era un cobarde y me pidió que le perdonase la vida [...] Yo aflojé mi presa y dije No te mataré si prometes conducirme a Logroño tranquilamente". El juro por la Virgen María que así lo haría. Yo solté mi presa, él se alejó hacia delante y colocó un soldado entre ambos. Entonces comenzó otra descarga de soeces insultos; pero exhausto al fin por su extremada violencia, empezó a reír, vino hacia mí y me pidió perdón, diciendo: "Eres un valiente, y te tengo afecto". Entonces me susurró confidencialmente que, si yo daba mi palabra de honor como caballero de que yo no diría nada al gobernador de Logroño sobre mi caballo, dinero, mapas, reloj, y los otros efectos que había cogido, él podía garantizar conducirme sano. Accedí a su propuesta negociando que él me daría la mitad del dinero que me había quitado."⁹⁷

En Munilla Antonio Miguel le llevó a su casa y le dio una buena cena. A lo largo de la tarde varias personas pasaron a visitar al "redactor inglés". Las cosas parecían pues bien encaminadas, pero a la mañana siguiente Antonio Miguel le informó de que se había detenido a uno de sus guías, que era hijo del alcalde de Zarzosa, y del que se sospechaba que era un espía carlista. Esperaron a que llegara y con una escolta de doce nacionales fueron enviados a Logroño. Por el camino pararon a dormir en Villamediana, y Gruneisen aprovechó para escribir una carta a Villiers, embajador británico en Madrid, informándole de su arresto y pidiendo que procurase con-

⁹⁷ GRUNEISEN, *Sketches*, p. 34. La versión coincide plenamente con la que dio en su crónica para el *Morning Post* del 11-XI-1837.

seguir su libertad, y otra a T. Owens, de la firma O'Shea and Co., para que le remitiera fondos a Logroño.⁹⁸

Gruneisen y Manuel fueron encerrados en el convento de Valbuena, en las afueras de la ciudad y su narración de esta improvisada prisión y de los hechos que ocurrían en ella es muy digna de ser tenida en cuenta. En el coro, en el lugar donde había estado el órgano, había entre sesenta y setenta personas, tanto carlistas como criminales. En las naves había otras seiscientas, de las que cuatrocientas eran galeotes con cadenas y el resto prisioneros carlistas, soldados y personas sospechosas de estar vinculadas con la causa. Los cristales habían sido removidos de todas las ventanas y entraba el aire frío. Algunos de los detenidos eran soldados cristinos confinados por faltas militares, y a estos se les permitía a veces que sus amigos les visitasen y les llevasen vino y provisiones. "Esta libertad era seguida por borracheras, y yo vi escenas que nunca ha contado mi pluma." Los prisioneros estaban llenos de chinches, carecían de abrigo de ninguna clase, ni tan siquiera paja y dormían sobre el suelo de piedra. La comida consistía en garbanzos o grandes judías blancas, empapadas de aceite rancio, con maíz o pan de maíz. Durante las primeras veintiocho horas de su encierro Gruneisen permaneció sin comida, y un prisionero le dio parte de su libra de pan, advirtiéndole que debía escribir al gobernador para que se le dieran raciones, lo que tardó cuatro días en conseguir, viviendo mientras de lo que le daban algunos soldados.

Cuando llevaba unos días en la cárcel se produjo la llegada de Henningsen, quien le contó que habían sido detenidos los demás miembros del grupo, con la salvedad del criado del correo, y que este y el guía habían sido fusilados.

Gruneisen fue testigo de la política de represalias que pese a la vigencia del Convenio Elliot aún se aplicaba en algunas ocasiones:

⁹⁸GRUNEISEN, crónica de 11-XI-1837. En *Sketches*, pp. 35-36, añade que pidió a la dueña de la casa en que se alojaron material para escribir, pero que esta se negó por la persecución de que eran objeto todos cuantos ayudaba a los carlistas. Entonces entró un niño pequeño y recordando el papel desempeñado por un amigo suyo en una tragedia de Byron cogió al niño en brazos y aunque era soltero dijo a la madre que tenía un niño de esa edad y que si ella no estaba dispuesta a dejar que recibiese las últimas noticias de su padre. La mujer rompió en lágrimas y le dio papel y pluma.

Un día hubo una horrible escena. El alcalde de la ciudad vino a la prisión con una compañía de infantería, los tambores redoblaron, y se ordenó que todos los carlistas prisioneros se pusieran en fila. El alcaide anunció entonces que como el comandante general había recibido noticias de que cinco prisioneros cristinos habían sido fusilados cerca de los Arcos, había ordenado como represalia el fusilamiento de doble número de carlistas. Los prisioneros serían seleccionados por sorteo. Un soldado se quitó su sombrero mientras el alcaide colocó la lista de nombres, y una vez hecho un oficial sacó un papel y dijo el nombre, el prisionero se dirigió hacia el otro lado de la prisión, para ser colocado entre dos soldados. Expuesto como había estado durante la expedición, teniendo experiencia de salvarme en momentos peligrosos, la lectura de estos nombres fue la más terrible situación en la que nunca me he encontrado. Los españoles generalmente mueren bien, son fatalistas al respecto; pero la diferente forma en que los diez carlistas cuyos nombres fueron pronunciados recibieron su destino fue curiosa. Un hombre, un gigante de Aragón, de más de seis pies de alto, cayó al suelo en estado de inconsciencia, y tuvo que ser ayudado y sostenido por dos soldados: otro prisionero, un joven de no más de diecinueve o veinte años, cuya voz apenas se podía oír antes de que fuese pronunciado su nombre -estaba en el último estado de consumición- pareció crecer en altura y ganar en fuerza por la proximidad de la muerte; grito con voz penetrante: "Viva Carlos Quinto! ¡Viva el Rey Absoluto!". Cuando hubieron salido los diez nombres, y los prisioneros habían marchado hacia el lugar del fusilamiento, oímos todavía el grito de lealtad del joven por su rey. Pronto oímos la una descarga de fusilería, seguida de algunos tiros sueltos, y los diez hombres fueron llevados a una fosa común."⁹⁹

El 5 de noviembre el comandante general de Logroño, el alcalde y Martín Barea visitaron Valbuena. Gruneisen mantuvo una larga conversación con los dos primeros. Un día más tarde tuvo la visita del coronel Barrie, del 2º regimiento de la guardia Real de infantería, que al tener noticia de que allí había un par de compatriotas presos había querido ir a visitarlos. Barrie comunicó a Gruneisen que Espartero había tratado de fusilarle, lo que tan solo fue impedido por la intervención del coronel Wylde, si bien la llegada de una carta de Villiers había alejado definitivamente el peligro.

⁹⁹ GRUNEISEN, *Sketches*, pp. 38-39. Su crónica del 11 de noviembre sitúa estos hechos el día 1 del mismo mes y hace referencia al ejemplo de valor dado por un niño de 14 años.

En su discurso de 1874 es muy posible que aunque manteniendo del fondo de los hechos Gruneisen dramatice demasiado la situación, pues plantea que el alcaide de Valbuena recibió en el plazo de seis horas una orden del ministro de la Guerra para que se le tratase como a un prisionero, y otra de Espartero ordenando que se le pasara por las armas: “el despacho del ministro tuvo, como es lógico, prioridad.” Al parecer la explicación de Espartero fue: “que yo había hecho más daño con la pluma que cualquier espada de los generales carlistas. Posteriormente comunicó al general Wylde que debería fusilar a todos los corresponsales carlistas.”¹⁰⁰

El día 7 se presentó Barrie con una orden para sacar a Gruneisen y Henningsen de Valbuena y llevarles al cuartel del Seminario, en el centro de la ciudad, en que estaba detenido otro de sus acompañantes, el vizconde de Pina. Ese mismo día recibió una carta de Villiers informándole de las gestiones que había hecho en su favor, pero en la que se percibía un cierto tono recriminatorio, así como que no parecía entender bien lo que era un corresponsal de guerra:

Nada diré de su visita a San Sebastián antes de unirse al ejército de Don Carlos –o de su petición de no ser considerado como un partidario, cuando debe ser consciente de que se ha publicado su correspondencia con el *Morning Post*- o de las sospechas que las autoridades de la Reina podrían albergar de alguien que ha sido hecho prisionero en compañía de un notorio espía carlista. Es suficiente para mí que usted está en peligro, y declara que es inglés, para asegurar mis incansables esfuerzos a su favor.¹⁰¹

Ante estas insinuaciones la respuesta de Gruneisen fue que él había informado a las autoridades inglesas, francesas y españolas de que iba a visitar la legión británica y luego el campo carlista, sin que se le hubiera puesto el menor problema: “excepto para advertirle del peligro de los carlistas. Repito, espero que por última vez, que no me identifico en ninguna manera con el partido carlista, y que mi trabajo tiene como único objeto enviar noticias de la guerra al *Morning Post*.”¹⁰²

¹⁰⁰ *Ibidem*, p. 36.

¹⁰¹ Carta de George Villiers de 31-X-1837, reproducida en el *Morning Post* en 23-I-1838, p. 3.

¹⁰² Carta de Gruneisen de 10-XI-1837, reproducida en el *Morning Post* en 23-I-1838, p. 3.

Pero lo cierto es que aunque tuviera que hacer gestiones para defenderle, Villiers no era precisamente un entusiasta de Gruneisen, como puede verse en la misiva que escribió a Palmerston en 16 de noviembre de 1837: “No puedo decir que lamento que Espartero no ponga en libertad a esos dos granujas Groneison (sic) y Henningsen...”¹⁰³ Y tampoco parece que le gustase a Palmerston, que también en 16 de noviembre escribía a su embajador en Madrid que no le hubiera gustado recibir la carta que le había enviado Gruneisen “y no poder refutarla.”¹⁰⁴ En nueva carta a Palmerston, de 19 de noviembre, Villiers dejaba muy clara su opinión sobre el tema: “Yo realmente creo que Gruneisen y Henningsen estaban en una expedición de espionaje”,¹⁰⁵ opinión que era compartida por Palmerston: “Esta claro que Henningsen y Gruneisen era espías, pero aquí nos sería útil que fuesen liberados; la lección que se han llevado probablemente les mantendrá fuera de juego por algún tiempo.”¹⁰⁶

Aunque temían no ser liberados hasta el final de la guerra, la presión de Palmerston y el conde de Molé dio resultado, y a mediados de diciembre llegó la orden de liberar a los dos prisioneros ingleses bajo promesa de no volver a España mientras durase la guerra: “una promesa que ninguno de nosotros detestaba hacer, porque como dije al general Van Halen, ‘yo ciertamente no volveré de nuevo a visitar África’ ‘¡África!’ dijo el general con indignación. ‘Si’, conteste, ‘no puede creerse que España sea un país de Europa.’”¹⁰⁷

¹⁰³ BULLEN, Roger y STRONG, Felicity: *Palmerston. I: Private Correspondence with Sir George Villiers (afterwards fourth Earl of Clarendon) as Minister to Spain 1833-1837*. Londres, Her Majesty's Stationery office, 1985, p. 738.

¹⁰⁴ *Ibidem*, p. 739.

¹⁰⁵ *Ibidem*, p. 743.

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 747, carta de Palmerston a Villiers de 30-XI-1837. Ya antes Honan se había quejado en *The Morning Post*, 29-II-1836, en un artículo fechado en Madrid el 17 del mismo mes, de la incomprensión de que eran víctimas los corresponsales de guerra: “Lamento decir que un clamor violento se ha levantado contra este periódico, y contra mí, su corresponsal en Madrid, porque, en nuestro deseo de investigar la verdad en esta complicada cuestión española, hemos descrito el estado de las provincias vascas en términos que no le agradan al gobierno de la Reina, y que desprestigian todas las miserables ficciones que se han dicho a la gente durante los dos últimos años. Nadie parece ser capaz de comprender la imparcialidad de un periodista británico; y aunque la persona contra la que se ha levantado este grito ha ido de Lisboa a Oporto, durante la guerra entre miguelistas y pedristas, y de Bélgica a Holanda durante la revolución de este anterior país, con el propósito de narrar el verdadero curso de los acontecimientos, nadie puede imaginar que él ha medido la fuerza del carlismo no como parte, sino como un observador, y que puede pasar de un punto a otro del reino sin tener ningún interés personal o de partido, y meramente en el cumplimiento de un deber de establecer los hechos al que se siente obligado.”

El 18 de diciembre llegaron a Santander, donde permanecieron un mes esperando que apareciera algún barco inglés. Finalmente, el 10 de febrero consiguieron coger un vapor para el puerto de Pasajes, donde fueron alojados por Lord John Hay. De allí pasaron a Bayona, y de esta ciudad a Burdeos y posteriormente a París, adonde llegaron el 21 de enero de 1838. Al día siguiente envió una carta al *Morning Post* narrando los últimos acontecimientos y arremetiendo duramente contra el coronel Wylde, pues según los datos que había recibido de diversas fuentes, había sido el causante de que su prisión se prolongara al decir a Espartero que no merecía ser liberado, pues estaba convencido de que se trataba de un agente carlista.¹⁰⁸ Gruneisen pidió además a Henningsen que se entrevistara con Wylde y le pidiera explicaciones sobre el tema. En la reunión mantenida al efecto Wylde negó las acusaciones y Henningsen dio por buena su versión escribiendo a su amigo en este sentido.¹⁰⁹

Desde París Gruneisen se apresuró a ir a Inglaterra y, según dejó escrito, durante años padeció dolorosos tics debido a los peligros y privaciones que había sufrido.

A pesar de su tajante afirmación de diciembre de 1837, Gruneisen regresó a España en dos ocasiones. La primera, en septiembre de 1856, se centró en Madrid y tuvo ocasión de entrevistarse con Narváez y O'Donnell. La segunda fue en octubre de 1866 y esta vez se dirigió a Navarra y las provincias Vascongadas, pues quería ver los campos de batalla de la guerra de 1833-1840 sobre la que se proponía escribir un libro. Visitó también Logroño, pues deseaba volver a ver el monasterio de Valbuena, que aún seguía siendo utilizado como prisión. En una de sus paredes había sido fusilado Zurbano en 1845 por sublevarse contra el gobierno y Gruneisen pidió que le enseñaran el lugar de la ejecución, en cuyos muros aún

¹⁰⁷ GRUNEISEN, *Sketches*, p. 40. Aunque aquí afirma que la orden de liberarlos se recibió el 15 de diciembre en la crónica que publicó en el *Morning Post* al llegar a París afirma que abandonaron Logroño el 11 de diciembre.

¹⁰⁸ Carta de Gruneisen desde París el 22-I-1838 publicada en el *Morning Post*, 24-I-1838, p. 6. Así se lo había manifestado al conde de Pina el capitán Bazaine, de la legión francesa. Pina había conseguido fácilmente su libertad por mediación de las autoridades francesas a pesar de ser un oficial del ejército carlista. En los mismos términos se había expresado Wylde con el barón Stuterheim, un oficial de la legión británica que se proponía visitar con un médico a Henningsen y Gruneisen.

¹⁰⁹La correspondencia mantenida al efecto fue publicada en *Freeman's Journal*, 1-II-1838, p.2, y en varios periódicos británicos. También Gruneisen debió darse por satisfecho, pues en su conferencia de 1874 no le menciona desfavorablemente.

se conservaban manchas de sangre: “Ahora bien, este cruel líder de Cuerpos Francos siempre se jactó de que nunca perdonó la vida de nadie a quien hubiera cogido prisionero. Me insultó groseramente un día en Valbuena cuando no pude resistir sus brutales palabras, pero le dije que, si lo pudiera atrapar fuera de España, le tendría a doce pasos; y añadí: 'Llegarán tiempos en que usted mismo será un prisionero, y no se le mostrará misericordia'. Mi predicción se cumplió.”

Pero si su rencor ante Zurbano había permanecido incólume, no ocurrió así en el caso de Espartero, a quien visitó en Logroño, y a quien dijo que era una pena que no hubiera seguido el ejemplo de Napoleón III y se hubiera nombrado emperador de España, pues con él se habría respetado el orden y la propiedad. De hecho, al final de su conferencia de Hertford, Gruneisen expuso su convicción de que el gran problema de España era que carecía de un hombre de estado.

5. A MANERA DE EPÍLOGO

Llegados aquí creo que procede, a la luz de todo lo visto, hacer una pequeña reflexión sobre si Gruneisen puede ser o no considerado un corresponsal de guerra en el sentido moderno del término. Si recordamos lo requisitos que habíamos planteado al principio de nuestra intervención veremos que Gruneisen los cumple todos. Se trataba de un periodista profesional (de hecho llegó a ser uno de los más importantes críticos musicales de la Inglaterra victoriana); informó sistemáticamente de la Primera Guerra Carlista durante más de seis meses; fue testigo de varias batallas; corrió el peligro de ser víctima del conflicto; busco la verdad (por más que fuera evidente su toma de partido por Don Carlos) tratando de dar cuenta de las penalidades de los soldados y de los civiles que sufrían la contienda; y su labor tuvo una importante repercusión en la opinión pública, sobre todo a partir de su detención de la que se hizo amplio eco la prensa británica obligando al gobierno de Palmerston a emplearse a fondo para conseguir que fuera puesto en libertad, no porque considerara que defendía a un periodista que se había limitado a cumplir con su deber de informar sino porque como dijo cínicamente Palmerston a Villiers de cara a la política interior inglesa le sería de utilidad que lo dejaran libre.

¿Fue el primer corresponsal de guerra, título que se ha dado a una película documental a cuya realización no he sido ajeno? Ciertamente no, pero lo que sí creo que hoy por hoy sigue siendo muy defendible, es que es en España, entre 1833 y 1840, cuando encontramos por primera vez un amplio grupo de corresponsales de diversos periódicos enviados para cubrir de forma sistemática un conflicto, anticipándose así en veinte años a los que luego veremos en Crimea, William Howard Russell incluido.

De ahí que los problemas con que tuvieron que lidiar estos primeros corresponsales fueran mayores que los que experimentaron sus sucesores pues, tal y como planteaba Gruneisen en 1874:

Los periodistas son mejor tratados ahora, porque los "specials" del *Times* y del *Standard* en las provincias Vascas, y los del *Daily News* y el *Daily Telegraph*, han sido vistos como embajadores del cuarto estado. Nosotros lo pasábamos malamente en mi tiempo, pero las guerras de Crimea, India y Francia, han provocado el reconocimiento de los representantes de los periódicos, por su independencia y utilidad. Nosotros hemos sido y somos los guías de los historiadores, que estarán agradecidos por nuestros detalles, separados de los secos despachos y las actas formales de los funcionarios.¹¹⁰

Ciento ochenta y cinco años más tarde de que fueran escritas, las crónicas de Gruneisen demuestran que trató de penetrar en el alma y los problemas de nuestra patria, como puede verse en su aguda observación a Don Carlos de que debía suprimir la palabra mañana del Diccionario, muy en línea con un famoso artículo de Larra escrito cuatro años antes, y también en su amargo comentario final donde concluye que el gran problema de España es la falta de estadistas que sean capaces de aprovechar sus grandes posibilidades.¹¹¹

He dicho.

¹¹⁰ GRUNEISEN: *Sketches*, p. 37.

¹¹¹ *Ibidem*, p. 47. Ciertamente esta afirmación va precedida de un párrafo que tiene más en común con los *Laudes Hispaniae* de San Isidoro que con el descarnado relato de nuestros recursos que hace Elliot al comienzo de su magistral libro sobre la España imperial.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN
DEL EXCMO. SR. DR.
D. EMILIO DE DIEGO GARCÍA

Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia de Doctores de España y Miembros de la Junta de Gobierno
Excmos. Señores y Señoras Académicos
Excmos. e Ilmos. Señoras y Señores que nos acompañan en este acto
Familiares y compañeros del Dr. Bullón de Mendoza
Amigos todos

Vuelvo a ocupar este estrado, una vez más, en el marco incomparable del Paraninfo de la Universidad Complutense, verdadero pináculo del mundo universitario y académico español, desde su inauguración en octubre de 1852. “Santuario de las ciencias y las letras”, como fuera calificado por José Amador de los Ríos, en la apertura del curso 1855-56 en esta Universidad Central¹. Agradezco la confianza que la Junta de Gobierno me otorga e intentaré corresponder a ella con mi mejor saber.

La gran responsabilidad de contestar al discurso de ingreso de cualquier académico, que se incorpora al Claustro de la Real Academia de Doctores de España, está a la altura del honor que esto representa. Mayor aún, si cabe, en el caso del Excmo. Sr. D. Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valugera, que toma posesión hoy de la Medalla nº 62. Soy consciente de que no son mis capacidades, ni mis méritos los que me traen hasta aquí. Debo esta distinción, en primer lugar, a la circunstancia de ser Presidente de la Sección de Humanidades de esta Corporación, a la cual

¹ AMADOR DE LOS RÍOS Y SERRANO, José: *Noticia histórica de la solemne regia apertura de la Universidad Central en el curso académico de 1855 a 1856*. Madrid, Imprenta Nacional, 1856. Ese día 18 de noviembre de 1855, tras el respiro concedido por la epidemia de cólera, el Dr. Vicente Asuero y Cortázar, de la Real Academia Nacional de Medicina, leyó su discurso sobre *Aptitud para el estudio de las Ciencias y las Artes*. La sesión estuvo presidida por la reina Isabel II y el rey Francisco de Asís. La soberana era la primera vez que visitaba la Universidad. Estuvo acompañada por el Gobierno en pleno, presidido por Espartero. Fue una de las jornadas más notables de la historia de la Universidad Central.

se suma hoy nuestro nuevo compañero y, además, a los muchos años de amistad que nos unen.

Me corresponde tratar en mi intervención de dos cuestiones. La primera exponer, en pocos minutos, un resumen de la andadura intelectual del Dr. Bullón de Mendoza y, la segunda, analizar brevemente los puntos más significativos del discurso que acabamos de escuchar. Todo ello con el límite de tiempo que la prudencia aconseja y la naturaleza de esta ceremonia exige. Veamos:

1. A MODO DE PRESENTACIÓN

El Dr. Bullón de Mendoza nació en Madrid el 29 de octubre de 1963. Se asoma pues a sus sesenta años con una madurez, relativamente joven, que le sitúa entre los miembros de menor edad de esta Corporación. En esas casi seis décadas ha cubierto un buen número de etapas, en la senda de las tareas universitarias y académicas, mediante un enorme esfuerzo y una capacidad de trabajo excepcional.

El primer peldaño de su carrera universitaria fue la licenciatura en Geografía e Historia, por la Universidad Complutense de Madrid, en la cual cursó los correspondientes estudios, entre 1981 y 1986. En el mismo centro obtuvo, en 1991, el Grado de Doctor en Geografía e Historia, especialidad de Historia Contemporánea consiguiendo el Premio Extraordinario. A partir de entonces desarrolló una importante actividad investigadora y docente, que comenzó como Becario de Formación de Personal Investigador. Más tarde, y tras superar los niveles de Profesor Titular interino, Profesor Adjunto y Profesor Agregado llegó a Catedrático de la Facultad de Humanidades de la Universidad CEU San Pablo, el año 2000. Así pues acumula, hasta ahora, una experiencia de 35 años en docencia e investigación. Labor llevada a cabo en la Universidad Complutense y, mayoritariamente, en la mencionada Universidad CEU San Pablo y otros centros relacionados con ella.

Ha tomado parte en numerosos proyectos de investigación, sobre temas de su especialidad, dentro de la Historia Contemporánea de España: guerras carlistas, II República y Guerra Civil, principalmente. En casi todos ellos, financiados por los Ministerios de Educación y Ciencia, Defensa, Cien-

cia e Innovación, Presidencia, ... y, en el ámbito privado, por el Banco de Santander, MAPFRE, ... etc. figuró como Investigador Principal.

Bajo su dirección se han elaborado más de una veintena de tesis doctorales, que suponen una contribución muy significativa al avance de la historiografía española.

Entre sus publicaciones encontramos cerca de un centenar de libros y artículos de revistas que conforme a los temas de su labor investigadora, versan sobre carlismo, II República y Guerra Civil, la nobleza y sus funciones, ... etc. Mencionaré solamente algunos. En el primer apartado se incluyen: *La expedición del general Gómez* (1984), *Auge y ocaso de Don Carlos: la Expedición Real* (1986), *La intervención extranjera en la I Guerra Carlista. Notas para el estudio de un tema olvidado* (1987), *Las Guerras Carlistas* (1993), ... entre otros.

En esta misma materia fue coautor de *Carlismo y sociedad* (1987), *Don Carlos en Portugal* (junto al profesor Verissimo Serrão, 1991), *La contrarrevolución legitimista* (también en colaboración con don Joaquim Verissimo Serrão, 1995), *Isabel II y su época. Los difíciles inicios de un reinado: cuestión dinástica y guerra carlista* (2004), *Los primeros corresponsales de guerra en España* (2008), ... etc. dentro de un conjunto tan amplio que supera el marco de esta presentación.

Fruto de su labor como comisario de la Exposición “*Las guerras carlistas*”, celebrada en 2004 en el Museo de la Ciudad de Madrid, tenemos un catálogo en el que realizó notables aportaciones sobre temas poco tratados de estas contiendas.

En conjunto, sus publicaciones sobre el carlismo, en particular la I Guerra Carlista, y los múltiples aspectos con ella relacionados, superan los sesenta títulos entre libros y artículos en prestigiosas revistas, tanto en calidad de autor único, como en autoría compartida.

Ha dado a la imprenta además un buen número de trabajos en torno a la II República y la Guerra Civil, por ejemplo: *El Alcázar de Toledo: final de una polémica*, en colaboración con el profesor Togores (1999), *Historias*

orales de la Guerra Civil, con el profesor Álvaro de Diego (2000), *Aristócratas muertos en la Guerra Civil española* (2000), *Revisión de la Guerra Civil española* (2002), ... etc.

Figuran asimismo en su producción historiográfica importantes obras como *La nobleza titulada y Don Carlos* (1986), *La nobleza carlista* (1997), *La nobleza y la política en la Edad Contemporánea, 1788-1939* (2015), *Nobleza y milicia* (2015).

Fue creador y director de la revista *Historia Abierta*, secretario de *Militaria. Revista de Cultura Militar*, director de *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, etc.; Secretario General de las Colecciones MAPFRE 1492; Coordinador del área de Ciencias, Literatura y Pensamiento del Consorcio para la organización de Madrid Capital Europea de la Cultura en 1992; y Coordinador del área de Historia de los cursos de verano de la Universidad Complutense de Madrid, en El Escorial (1992-1996)

En su haber figuran también múltiples comunicaciones y ponencias a diversos congresos de Historia Contemporánea, así como la organización de otros muchos, tanto de ámbito internacional como nacional.

Ha promovido la realización de varios documentales para televisión, por ejemplo la serie *75 años de la Guerra Civil: mitos al descubierto*, con un total de trece capítulos, emitidos el año 2012 por La Otra (segunda cadena de Tele Madrid). Un trabajo del que fue director y guionista junto con el profesor Togores. Dirigió el documental *La caída del muro de Berlín*, con motivo del 25º aniversario de este acontecimiento, emitido por Tele Madrid. Y es autor del argumento de la película documental *Gruneisen. El primer corresponsal de guerra*.

Ha desempeñado numerosos, y muy importantes, cargos universitarios: Director del Departamento de Historia, Literatura y Pensamiento de la Universidad CEU San Pablo; Presidente de la Asociación de Estudios Históricos y Geográficos de la Universidad Complutense; Rector de la Universidad CEU San Pablo; Rector de la Universidad CEU Cardenal Herrera; Director del Instituto de Estudios Históricos de la Universidad CEU San Pablo; Presidente de las Fundaciones Universitarias CEU San Pablo, CEU

Andalucía, Fernando III el Santo, Abat Oliba CEU y muchas más. Vicepresidente de la Sección de Historia del Ateneo de Madrid; miembro de la Junta Directiva de la Real Asociación de Amigos de los Museos Militares; Presidente de la Comisión Evaluadora Externa de la ANECA, de las Carreras de Geografía e Historia, y de Historia del Arte de la Universidad del País Vasco; así como de la carrera de Historia de la Universidad de Navarra.

En la actualidad es Presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y, desde hace unos meses, preside el periódico digital *El Debate*, uno de los más importantes de España, en este tipo de formato.

La brillante trayectoria universitaria del Dr. Bullón de Mendoza ha recibido importantes reconocimientos. Pronto le fue otorgado un prestigioso galardón, el Premio Europeo Philips para Jóvenes Científicos e Investigadores y, al ya aludido Premio Extraordinario de Doctorado, se le sumaron después el Premio Ejército de Investigación Histórica; el Premio Hernando de Larramendi de Historia; y otros.

Es académico correspondiente de la Academia de la Historia y de la Academia Portuguesa da História.

Hasta aquí algunos rasgos que permiten, a mi juicio, una aproximación a la figura y la obra del Dr. Bullón de Mendoza. Pasemos a contestar, seguidamente, a la magnífica alocución que acabamos de escuchar:

2. UNA OPORTUNIDAD PARA APRENDER

Estamos ante un discurso de gran valor didáctico, una aportación imprescindible para la mejor comprensión de la dialéctica entre la revolución y la contrarrevolución en los primeros decenios de la España contemporánea y, en última instancia, de todo el siglo XIX. Un tanto distorsionado por la visión parcial de la historiografía liberal, empeñada en reducir el carlismo a un episodio menor. El historiador Alfonso Bullón de Mendoza nos ha ofrecido, a través de las crónicas de varios corresponsales de guerra

británicos, otra perspectiva de la realidad española de 1833 a 1840, una imagen que nos sitúa ante las verdaderas dimensiones del conflicto, desde una fuente más viva y directa que las de las historias de su tiempo.

El propio Gruneisen ya lo advertía a este respecto cuando escribía “*nosotros hemos sido y somos los guías de los historiadores, que estarán agradecidos por nuestro detalle, separados de los secos despachos y los formales relatos de los oficiales*”. Aunque esa información, ciertamente más atractiva, requiere una crítica especialmente rigurosa en el imprescindible proceso de análisis, a la búsqueda de la objetivación posible de sus contenidos.

El doctor Bullón de Mendoza ha tratado de establecer la diferencia entre los auténticos corresponsales de guerra, aquellos que asisten directamente a los acontecimientos, y los que escriben a distancia de lo sucedido. Es decir los que generan su propia información como testigos de la realidad y los que construyen una crónica, más o menos brillante, pero al dictado de su imaginación o lo conocido de oídas, sin contacto con el peligro, las pasiones, la crueldad, el salvajismo y los actos heroicos y los gestos nobles. Instalados más o menos cómodamente, lejos de la miseria y la grandeza de los protagonistas de la violencia, de todo enfrentamiento dirigido a dar muerte al enemigo. Esta dualidad de corresponsales, unos de guerra vivida y otros inventada, se ha dado siempre y sigue repitiéndose hasta hoy.

Así hemos conocido, en mi caso recordado, al viejo Henry Crabb Robinson de los inicios de la Guerra de la Independencia, en La Coruña anterior a la derrota de John Moore. Periodista, en cierto sentido, lejano en el tiempo y en los modos. También nos ha presentado superficialmente a su antecesor John Bell, que llegaría a ser dueño del *Morning Post*. Así como a su amigo y compañero de generación Peter Finnerty, que refirió la desafortunada expedición inglesa a la isla de Walcheren en la desembocadura del Escalda, camino de Amberes en la lucha contra Napoleón. Luego, ya dentro de la I Guerra Carlista o en su contexto, antecedentes y consecuentes, hemos tenido noticia de William Walton, Edward Bell Stephen, Georges Mitchell, Michael Burke Honan, ... y nos hemos familiarizado con Charles Lewis Gruneisen, dentro de la amplia relación de enviados a Es-

pañña, en algún momento de la contienda 1833-40, por el *Morning Post*, el *Morning Chronicle*, el *Morning Herald*, *The Times*, ... etc.

El protagonismo de la prensa como vehículo de información de la guerra, y su capacidad para influir en la opinión pública, daría un gran paso apenas unos años después. La “Cuestión de Oriente” y, en especial, la guerra de Crimea despertaron un interés superior al de cualquier acontecimiento bélico precedente. La prensa trató de responder a esa expectación. Por ejemplo, *The Times* y su editor Delane, aunque eludía el nombre de su corresponsal allí, William Howard Russell, por motivos políticos, se consideraba entre los principales protagonistas de la contienda. “Nada hay más notable en la historia de *The Times*- diría- que la parte que jugó en la guerra de Crimea”. Algo parecido pensaban, de sí mismos, en *The Morning Chronicle*, *The Globe*, nuestro ya conocido *Morning Post* y *Le Moniteur*, en Francia, por mencionar los más destacados.

Gruneisen fue un periodista de larga trayectoria, en cuya hoja de servicios figura la subdirección de *The Guardian Weekly*, en 1832. En 1833 era editor del *British Traveler and Comercial and Law Gazette*. Ese año aparecía ya como director del departamento de asuntos externos y subdirector del *Morning Post*. Enviado a nuestro país para cubrir la expedición real pasó aquí varios meses, entre la primavera y el otoño de 1837. Tuvo así la oportunidad de vivir las muestras del odio africano que sacudía el enfrentamiento entre carlistas y “cristinos”. Pasó calamidades y penurias y estuvo a punto de ser fusilado por los liberales; lo cual nos hace suponer que disfrutó mucho más de su profesión, en los años posteriores, como crítico musical. Pero volvamos a nuestro asunto.

2a) Factores cuantitativos para la comprensión de la I Guerra Carlista y su huella en la historia española

He oído decir muchas veces, a todo tipo de gentes, incluidos alumnos, profesores, que nuestra historia del Ochocientos resulta especialmente compleja. Tal apreciación puede deberse a varias cuestiones: a) el agitado panorama político institucional (entre 1808 y 1899 se sucedieron seis reinados, otras tantas Regencias, una República, una decena de Juntas de diversa entidad, para ejercer el poder transitoriamente, un Consejo de

gobierno y 123 gobiernos, con múltiples crisis parciales); b) el predominio de la guerra sobre la paz, en una cultura de la violencia superior a la de cualquier otro país; c) las repercusiones sociales, económicas y culturales de ese belicismo; d) un relato histórico descriptivo, positivista, sesgado, maniqueo y, por ende, siempre superficial y reduccionista; y, la falta de perspectiva capaz de apreciar los fundamentos sobre los que discurre el laberinto decimonónico español.

No pretendemos exponer aquí una especie de panorama omnicompreensivo de los acontecimientos, pero sí señalar que el discurso del Dr. Bullón contiene algunas claves que convendría aprovechar. Atendamos a los datos que ponen de manifiesto el decisivo papel de la confrontación entre liberalismo y carlismo en el periodo de la I Guerra Carlista. Las cifras del ingente despilfarro de medios humanos (más de 500.000 hombres estuvieron en aquella contienda bajo las armas del bando isabelino y otros 150.000, por lo menos, en el carlista; en el cual según la tesis doctoral de Francisco Javier Posada, dirigida por el profesor Bullón y defendida hace solo unos meses, combatieron 55.571 guerrilleros, en 374 partidas, actuando por todo el territorio nacional). En conjunto un 6 por 100 aproximadamente de la población española tomó parte directa en la guerra.

Las cifras de víctimas resultan muy difíciles de acotar con exactitud y con seguridad excederían las que prudentemente nos ha indicado el Dr. Bullón de Mendoza. No obstante su estimación de, al menos, 130.000 víctimas mortales entre ambos bandos, es una cifra aterradora, comparable en términos relativos, y en algunos aspectos también absolutos, a las peores san-grias de todas las guerras sufridas por España a lo largo de su historia.

Si a estos datos se añaden los correspondientes a la mortalidad indirecta, originada por carencias sobrevenidas, nos encontramos con que las décadas de 1830-1840, acusan un gran impacto negativo en la evolución demográfica española; no sólo por el incremento del número de fallecidos, sino por la disminución de las tasas de natalidad.

Fue la de 1833-1840 una guerra grande por la dimensión de las fuerzas enfrentadas; por el tiempo de su duración, siete años; por el espacio abarcado, prácticamente todo el territorio nacional; por su proyección in-

ternacional; y por los recursos materiales consumidos. Sus costes directos fueron equivalentes al valor del mayor trasvase de propiedad rústica efectuado en nuestro país y al de otro importante conjunto de bienes muebles e inmuebles, así como de cuantiosas rentas; producto todo ello de las desamortizaciones de Mendizábal y Espartero. El enorme gasto público se gestionó en condiciones negativas para el Estado y, por un lado, incrementó el volumen de deuda pública y por otro dio lugar a grandes negocios especulativos de toda índole. El endeudamiento externo y el debilitamiento político contribuyeron a degradar la posición de España en el contexto internacional.

La guerra desarticuló la estructura productiva, estranguló las comunicaciones y redujo sensiblemente la ya limitada actividad comercial. Provocó, además, un clima de inseguridad que desalentó cualquier hipotética inversión. Mientras, en la parte occidental del Viejo Continente, se empezaba a apreciar ya un evidente desarrollo industrial. La guerra alentó en nuestro país una cultura y una moralidad económica indeseables, que hipotecaron entonces el presente y también el futuro de varias generaciones.

Finalmente sería interesante aprovechar esta ocasión para fijarnos en otro apartado

2b) Una mirada a las contradicciones políticas del Romanticismo en la raíz del conflicto

La Guerra de la Independencia había sido el hecho fundente, en cierto sentido, y fundante, en otro de la España Contemporánea. El romanticismo político animó en aquella encrucijada una dicotomía ideológica radical, apareciendo más como un comportamiento colectivo, que como un movimiento “cultural” de minorías; aunque éste acabara imponiéndose.

La movilización épica, que asombró por su capacidad de resistencia ante la invasión napoleónica, hubo de apoyarse en una doble lectura del pasado que se refleja, entre otras manifestaciones, en la Constitución de 1812. Tradicionalismo y liberalismo convivieron bajo la amenaza de la agresión extranjera. La invocación al pasado, depositario de las grandezas y de

las miserias heredadas, se presentaba a caballo de la historia y la leyenda. La cosmovisión romántica venía a ser un relato movilizador de las “esencias” propias. El romanticismo fue un gran discurso identitario que cimentó la lucha contra la imposición modernizadora propuesta por José I. Los españoles la combatieron con todas sus fuerzas, salvo los que entendieron que no era conveniente, ni posible oponerse a ella. En última instancia se batieron por el afán de ser como eran o como querían ser. Lucharon, en todo caso, por un sentimiento de libertad, cuya plasmación político institucional acabaría en dos universos irreconciliables.

El romanticismo invocó, a la vez, el tradicionalismo y su ruptura, el progresismo liberal. Cuando desapareció la amalgama que suponían las tropas francesas, el enemigo común, ambas tendencias quedaron enfrentadas sin capacidad de superación pacífica. Una y otra propuesta hablaban del espíritu del pueblo; del “volkgeist”, más arraigadas sin duda, a aquellas alturas, en el tradicionalismo; en tanto que el progresismo representaba la “nación”, como protagonista de sí misma y con ello de la soberanía nacional. Aunque las visiones posteriores proclamaran lo contrario, el pueblo había luchado mayoritariamente por la tradición, plasmada en todos los dominios de su mentalidad, incluido el institucional, encarnado en la alianza mesiánica del Trono y el Altar. Dos décadas de creciente antagonismo llevaron el espíritu cainita a su eclosión máxima, en la crisis dinástica que desató la guerra existencial entre revolución y contrarrevolución.

La invitación al análisis para comprendernos mejor está presente a lo largo de todo el discurso que acabamos de oír. Una reflexión más necesaria cuando el “diseño” gubernamental de nuestra historia, pretende ocultar completamente elementos, sin los cuales resulta incomprendible, reducida a una superchería interesada.

Dr. Bullón de Mendoza, en nombre de todos los que formamos parte de la Real Academia de Doctores de España, le agradezco la lección que nos ha ofrecido y su compromiso de trabajar en nuestra Institución. Bienvenido a esta Casa, en la que esperamos pueda colaborar muchos años.

He dicho.

